

PHIL WEABER

LA OTRA SENSACIÓN

La otra sensación

Phil Weaver

Colección Espacio el Mundo Futuro/434

Editorial Toray (1968)

CAPITULO I

NO era un joven brillante ni enteramente simple; sencillamente, apático, hastiado, sin excesivas ambiciones. Por estos motivos no había destacado mucho en la empresa editorial de los grandes rotativos londinenses, «The Chronicle» y «London Gazette».

Se llamaba Richard Elliot, o sea Dick para los amigos, y contaba veinticuatro años. Y acababa de terminar su carrera de periodismo. Esto era lo más grotesco: el título le servía de muy poco. Pasaba el tiempo en la oficina de recopilación fotográfica, reuniendo fotos llegadas de todas partes del mundo.

Le llamaban constantemente por interfonía, pidiéndole lo más relevante, para llenar huecos que pasarían inmediatamente al offset y al huecograbado.

Dick debía de ser un lince, y no era más que un clasificador. Eso sí. Tenía un sistema infalible, que le fue confiado por un veterano, al que relevó. El material lo clasificaba por cámaras, o sea por los individuos que habían realizado el trabajo.

Un buen fotógrafo de prensa era Jacques Drestel, de París. Todos sus envíos eran rápidos y seguros, como lo demostraba la serle de fotografías que acababa de recibir Dick.

Trataban de un aparatoso descarrilamiento del monorraíl París-Versalles. Se podían ver instantáneas horribles. Aquel hecho lo habían dado por Mundovisión a las nueve de la mañana y ocurrió a las ocho y treinta. Pues bien, eran las doce «p.m.», y el trabajo de Drestel se encontraba en Londres, calentito aún.

Dick examinó aquellas cartulinas brillantes. Un trabajo excepcional, concienzudo y perfecto. Camilleros, gendarmes, curiosos... Y un hombre vestido de negro, con guantes claros, de rostro inexpresivo, nariz aguileña, bastón, traje cruzado y escudo de la Legión de Honor en la solapa.

Era un sujeto singular que destacaba entre los que eran apartados por la gendarmería, para dar paso a una ambulancia aerodinámica.

Había dos docenas de impresionantes fotografías. Dick las examinó brevemente y las colocó en la bandeja de «última hora». Luego, se olvidó de aquel trabajo, porque otros sobres, de Reuter, «Tass», «Upi» etcétera, recabaron su atención.

A las dos de la tarde, Dick Elliot había clasificado más de dos mil fotografías, pasando a redacción unas doscientas. Los periódicos

para los que trabajaba eran diarios y gráficos, con más de la mitad de las páginas en color.

Pero en compaginación no estaban conformes.

Sonó el interfono agresivamente.

¡Más género, Dick! —gritó una voz—. ¿Estás dormido?

¡Vaya, no! ¡Os he enviado material para hacer dos periódicos! ¿Qué habéis hecho con ello?

¡Comérnoslo! ¿Y el incendio del «Globster»?

¿Qué incendio es ése? ¡No tengo nada aquí! ¿Te refieres al teatro, «Globster»?

Sí. Están llegando noticias. Ha sido algo espantoso. ¿No tienes aún ninguna instantánea?

No. Pero llamaré al «labo» —respondió Dick—. Si no me tomáis el pelo, y alguien se ha preocupado de fotografiar las llamas, tendréis ahí el material antes de cerrar la edición.

Dick cumplió su palabra. Había material en el laboratorio acerca del pavoroso incendio del «Globster», ocurrido, ¡qué casualidad!, a las ocho y treinta de la mañana, o sea, al mismo tiempo que el siniestro del monorraíl París-Versalles.

Del laboratorio enviaron a Dick, todavía calientes, distintas fotos del incendio. Y se dijo:

«Son unos cretinos estos reporteros... Cretinos y perezosos. En París sucede algo y tenemos el material antes que el de aquí».

Dick repasó las fotografías y seleccionó doce, de buena calidad, aunque notó que en ellas faltaba algo de profesionalismo.

¡Hum! Esto huele a «amateurismo». Pero no está mal... ¡Eh!

Dick se fijó en un individuo que estaba situado cerca de una autobomba. Varios agentes empujaban al público, apartándolos de la zona de peligro. Y aquel sujeto estaba allí, con su bastón en la mano, en el centro de la fotografía.

¡Diablos coronados! —exclamó Dick—, Si es el mismo sujeto que...

Sin dar crédito a lo que había visto, removió el montón de fotos que colocó horas antes en la cesta, hasta dar con el material recibido de París. Buscó entre las cartulinas y no tardó en encontrar lo que buscaba.

Entonces comparó las dos fotografías, quedándose atónito. Los dos individuos, el fotografiado cerca del siniestro de París-Versalles, y el que estaba junto a la autobomba, mirando a las llamas del teatro «Globster», ¡eran exactamente iguales!

No cabía confusión posible. El traje, el bastón, los guantes, la insignia de la Legión de Honor, la nariz aguileña, ¡y hasta la forma

singular de llevar el pañuelo en el bolsillo!

¡Eh, Billy, ven acá! —llamó Dick a un compañero de trabajo—. Mira esto.

Un joven pecoso, con gafas y cabellos rubios, se acercó. Dick le tendió las dos fotografías.

¿Qué es esto? — preguntó Billy.

Fíjate en este tipo... ¿Se parecen?

Pues... Yo diría que es el mismo —contestó Billy—. ¿Es el incendio de «Globster»? Dicen que ha sido algo terrible...

¡No puede ser el mismo! Dame —Dick, puesto en pie, arrebató las dos fotos a su compañero, dándole la vuelta.

Las llegadas de París tenían el nombre del reportero impreso en el dorso: «Jacques Drestel-Fotógrafo de prensa». En cambio, la correspondiente al incendio en Londres no llevaba nombre alguno.

Dick llamó al laboratorio.

—James, ¿quién ha hecho las fotos del «Globster»?

Lo siento, Dick. Sabía que te darías cuenta. Se trata de una principiante. Pero es lo mejor que hemos recibido hasta ahora. Lenny se ha despertado tarde. Tendremos sus «shots» de rescoldos esta tarde.

¡Te he preguntado quién ha hecho éstas! —exigió Dick.

Una chica llamada Wendix... Alma Wendix. Vive en un hotel, cerca del «Globster», y, al ver las llamas, tomó su «Cannon» y salió, llegando antes que los bomberos.

—¿Dónde vive? —insistió Dick.

Bueno, ¿qué ocurre? ¿Por qué estás tan excitado?

No es nada... ¡Nada! ¿Me oyes, James? Sólo deseo hablar con esa mujer.

Es una chica monísima, que se debate en el gran Londres por conquistar un nombre, llegar a ser algo. ¿Crees que lo ha logrado? Las fotos no son malas.

Dame sus señas.

—«Clarion Hotel»... La conocen bien porque debe dos meses de hospedaje...

Dick Elliot no quiso escuchar más...

* * *

El recepcionista del «Clarion» conocía muy bien a Alma Wendix. Incluso miró con recelo al periodista.

— ¡No está! —dijo tajante, en contestación a la pregunta de Dick Elliot.

Y..., ¿dónde puedo verla? Soy de la plantilla de «The Chronicle»

y «London Gazette».

La expresión recelosa del recepcionista se esfumó inmediatamente. Sonrió, a modo de disculpa, con cierto embarazo, y dijo:

Se encuentra en el restaurante «Lonny», dos manzanas más abajo. ¡Creo que ha hecho un buen reportaje del incendio del «Globster»! Todavía están allí los bomberos...

Dick no le escuchaba. Había dado media vuelta y salía, dejando al joven recepcionista con la palabra en la boca. Una vez fuera, dirigiendo una mirada en derredor, hacia la muchedumbre que aún contemplaba los últimos trabajos de la brigada contra incendios, se encaminó aprisa en busca del restaurante «Lonny».

Había un vestíbulo y un biombo corredizo. Un maître, mal trajeado, sonrió a Dick.

—¿En qué puedo servirle? —preguntó.

Busco a la señorita Alma Wendix.

Sí, está aquí. ¿Quiere que le avise?

No, por favor. Acompáñeme hasta ella.

El hombre hizo una reverencia e indicó a Dick el camino. Penetraron en un comedor bastante concurrido y poco elegante. La tarifa allí no debía ser muy elevada.

Alma Wendix era una muchacha llamativa. De su persona emanaba ese aire inconfundible de los valientes, audaces y temerarios. Era guapa, muy guapa. Bella, rubia, de ojos grandes y claros. De erguido busto, comía y leía un libro de Robbins con mucho interés, y, una guedeja le caía sobre la frente. Llevaba un suéter, muy ajustado, realzando sus senos túrgidos, y su cuello era largo, elegante.

—¿La señorita Wendix? —preguntó Dick, anticipándose al maître.

Ella levantó el rostro, sorprendida. Sonrió con gracia y afirmó con la cabeza.

Sí. ¿Qué desea?

—¿Puedo sentarme? Pertenezco al «staff» del «London Gazette» y «The Chronicle».

La expresión de Alma se animó intensamente. Sus ojos brillaron.

—¿Les han gustado mis fotos?

Sí, muy buenas. Y de ellas quiero hablarle. —Dick se volvió al maître—. Por favor, sírvame cualquier cosa... Con su permiso, naturalmente.

Sí, naturalmente —repitió ella — , Jack, atiende bien al señor...

Richard Elliot —se presentó Dick, mientras sacaba un rollo del

bolsillo, en donde iban las dos fotografías objeto de su presencia en el «Lonny» —. Un biftec con zanahorias y zumo de fruta.

Sí, señor —dijo el maître, tomando nota.

—¿Qué pasa con mis fotos?

Véalo usted misma. Tengo entendido que tomó usted este reportaje a las ocho treinta de la mañana, ¿no es así?

Exactamente —afirmó ella, tomando las dos fotos.

Fíjese en este hombre —pidió Dick — , ¿Lo recuerda?

Pues... A decir verdad, no. Estaba muy excitada en aquel momento. ¡Eh, esta fotografía no es mía!

Lo sé. Es de Jacques Drestel, de París. Esta misma mañana ha habido un descarrilamiento en el monorraíl, París-Versalles... ¡A las ocho treinta, exactamente! ¿Cómo explica usted que una misma persona pueda encontrarse en dos lugares, tan distantes como son París y Londres, y en el mismo momento?

—¿Eh, cómo dice?... Déjeme ver esas fotos.

Me refiero a este individuo que aparece en las dos fotografías. Fíjese bien. La misma ropa, el mismo rostro, el bastón, los guantes... ¡Y hasta la insignia de la solapa!

Mientras hablaba, Dick Elliot no apartaba la vista de los ojos de la hermosa muchacha, en cuyas facciones iba apareciendo la expresión de la incredulidad.

No entiendo... Sí, parecen una misma persona... Pero... ¡No, indudablemente, es imposible! ¿Cuándo se hizo esta otra foto?

¡Al mismo tiempo que hizo usted la suya!

¡Increíble! No pueden existir dos personas tan exactamente iguales, a menos que se trate de gemelos.

Ya lo he pensado —dijo Dick — . Dos hermanos que visten igual, que son igual y que llevan las mismas ropas. Es casi normal. Lo que ya me sorprende bastante es que ambos se encuentren, precisamente, en dos lugares donde han ocurrido sendos siniestros inexplicables. Por si acaso, me he informado bien antes de venir a verla. El incendio del «Globster» ha sido provocado, aunque todavía es pronto para precisar cómo. Y el descarrilamiento del monorraíl también obedece a un sabotaje. ¿Se da cuenta de que estos individuos pueden ser la clave del asunto?

¡No vaya usted tan aprisa, señor Elliot! —exclamó la muchacha — . Esta coincidencia no quiere decir nada... ¡Nada en absoluto! Si son hermanos esos dos hombres, incluso pueden sentir la misma curiosidad por los sucesos siniestros.

Escuche, señorita Wendix. Estoy en una sección de la firma, en donde diariamente pasan por mis manos millares de reportajes

fotográficos. Debe saber que últimamente se han producido numerosos siniestros inexplicables. Aviones que desaparecen en vuelo, buques que se hunden, edificios que se desploman y almacenes que se incendian. Todo parece indicar que existe un grupo de gentes dedicadas a destruir, incendiar y matar, y que actúa en todas partes del mundo.

¡Esos accidentes han existido siempre! —objetó Alma Wendix, perpleja.

Sí, pero no como ahora. Parece que esos hechos son más espectaculares. Y esta fortuita coincidencia del mismo individuo en dos sitios distintos...

¡Vamos, vamos, señor Elliot! —exclamó Alma, sonriendo—, Creo que sueña usted demasiado. Dígame, ¿por qué ha venido a verme?

¿No recuerda usted a este hombre?

Sí, vagamente. Le he dicho que estaba excitada. El incendio se produjo mientras estaba yo en el hotel. Apenas tuve tiempo de tomar la cámara y salir. Las llamas brotaban ya por las ventanas. La gente corrió. Yo disparé la cámara a derecha e izquierda... Espere... ¡Ahora recuerdo a ese hombre! Sí, se volvió hacia mí al darse cuenta de que le había retratado. Y hasta creo que me dirigió una mirada furiosa. Yo no paré atención y corrí hacia donde estaban los bomberos.

—¿No le conoce, ni le ha visto nunca?

No, lo siento... ¿Por qué no avisa usted a la policía?

Dick sonrió tristemente.

Soy periodista y no tonto. ¿Qué haría la policía en un caso como éste? Supongo que se echarían a reír.

Puede que no. Parece una coincidencia muy extraña. Quizás abran una investigación.

Sí, es posible. Pero yo no sabré el resultado. Escuche, Alma Wendix. Yo estoy hundido detrás de una mesa. No saldré de allí a menos que ocurra un milagro.

Entiendo. Ese milagro que esperamos todos y que nunca llega.

—Algo, aquí dentro —Dick se golpeó el pecho—, me dice que estas dos fotos no han llegado a mis manos sin motivo. El azar, el destino, la suerte o como quiera usted llamarlo, ha hecho que me fije en este detalle. Una vez impreso el reportaje, en distintas páginas del periódico, nadie se habría dado cuenta. Yo he sido el primero... ¡Y necesito llegar al fondo de este asunto! ¡He de encontrar a ese hombre! ¡No sé por qué, pero algo me dice que es una misma persona!

¡Imposible! —rechazó ella, secamente.

Realizaré una prueba de ampliación. Agrandaré estas dos fotografías hasta poderlas estudiar conjuntamente con métodos interferométricos. Tengo un amigo que me ayudará... ¡Y si compruebo que se trata de la misma persona, la buscaré por todo Londres, iré a París, inclusive y hablaré con Jacques Drestel, removeré cielo y tierra, pero le encontraré!

El ardor y apasionamiento de las palabras de Dick contagiaron a la joven, quien dijo:

—¿Puedo ayudarle?

—Confiaba en que usted pudiera darme más datos acerca de este individuo. Quizás le hubiese visto por estos lugares.

No, es la primera vez. Pero si le vuelvo a ver, le avisaré.

Gracias.

* * *

No hay duda, Dick. Se trata del mismo individuo. Esa cicatriz en la frente lo demuestra. Lo que no puedo creer, y menos concebir, es que se encuentre en dos lugares distintos a un mismo tiempo.

Drestrel tomó esa fotografía a las ocho treinta... |Y Alma Wendix aquí en Londres, la tomó también a las ocho treinta! ¡No hay la menor duda de eso, Benny! —exclamó Dick, exasperado—. Admito que puede haber minutos de diferencia. Pero en unos minutos, nadie se traslada desde París a Londres, o viceversa... ¡Lo asombroso es que sean una misma persona!

—Y lo son. Tenemos dieciséis pruebas de ello —afirmó Benny —. La cicatriz, la insignia de la Legión de Honor, con ese pico roto. El botón de la chaqueta. El pañuelo del bolsillo. La cantonera del bastón. La raspadura en el guante, etc... Son demasiadas coincidencias juntas.

Sí, demasiadas coincidencias, Benny. Y eso es lo asombroso, lo increíble y lo que confirma mi sospecha.

¿Cuál es tu sospecha?

Que se trata de un mismo individuo que posee el don de la ubicuidad y que aparece allí donde ocurre algún siniestro.

Benny Clarkson sonrió un tanto forzadamente.

No puedo admitir eso, Dick. La explicación debe ser otra. Es el mismo tipo, no hay duda. Pero que esté aquí y allá, al mismo tiempo, es imposible. Desecha esa idea.

—¿Qué explicación me das tú?

—Ninguna, Dick. Lo lamento. De no haber sido por las coincidencias diría que se trata de gemelos. Pero... ¡La prueba

demuestra lo contrario! ¡Y no entiendo nada!

No hables con nadie de esto, Benny —pidió Dick—. Iré a París a ver a Drestel. Quizás él sepa algo o haya visto a ese hombre.

Benny Clarkson levantó la mano solemnemente y dijo:

Como no deseo que me tomen el pelo por lo que no soy, te lo juro, Dick.

El periodista estrechó la mano de su amigo y abandonó el laboratorio. En la calle, tomó su pequeño automóvil eléctrico y se dirigió a la afueras, donde tenía su residencia. Nada más entrar en la casa, su madre asomó en la puerta de la cocina y gritó:

¡Ya es hora, Dick! Una chica llamada Alma Wendix ha estado llamándote toda la tarde.

El corazón de Dick pareció omitir un latido.

—¿Ha dejado algún recado, mamá?

Sí. Llámala al número que he anotado en la agenda.

Dick salió hacia la salita, donde estaba el teléfono. Leyó el número que había apuntado su madre y luego lo registró en el dial, aguardando ansiosamente. Al fin, oyó:

Diga. Aquí el «Clarion Hotel».

—¿La señorita Alma Wendix?

Sí. Enseguida le pongo. Su nombre, por favor.

Dick Elliot.

Casi al instante escuchó la voz de Alma, exclamando:

Dick, ¿ha visto usted el «Times»?

No. Es un periódico de la competencia. ¿Qué ocurre?

Una información a color, recibida desde Chicago... ¡La explosión de una factoría industrial! ¡Ciento doce muertos y más de trescientos heridos! ¡Y ocurrió esta mañana a las ocho treinta, poco más o menos! —la voz de Alma Wendix temblaba imperceptiblemente, al añadir—. Y en una de las fotos está él...

—¿El? —gritó Dick, pegando un brinco.

Sí. No se le ve todo el cuerpo, porque lo cubre la gente. Pero su rostro, su sombrero, su ropa, y su escudo... ¡Es el mismo individuo, no hay duda!

CAPITULO II

TOMARON un «jet» que les condujo a París en menos de una hora. En realidad, el tiempo de vuelo fue de veintidós minutos.

Tomaron un taxi y Dick dio las señas de un hotel, próximo a donde vivía el famoso fotógrafo francés. Por el camino Dick observó:

Hemos de ir con tacto al hablar con Drestel. Es implacable y lo querrá todo para él.

—¿Crees que nos dará alguna información?

Si la tiene y no nos la da, le rechazaré todo el trabajo que nos envía a Londres... ¡Te aseguro que lo haré!

Fueron primero al hotel, el «Pavillon», donde se alojaron en habitaciones distintas y en pisos separados, como si no se conocieran de nada. Sólo se entretuvieron en dejar el equipaje y se reunieron en el vestíbulo, donde Dick hubo de esperar unos minutos.

—¿Qué tal tu alojamiento? —preguntó él, al verla, ya cambiada ligeramente de ropa.

Bonito, pero caro. Doscientos francos diarios es demasiado para mí. No resistiré aquí una semana.

Hoy te invitaré a comer, preciosa.

¡Nada de eso! Soy y seré siempre independiente. ¿Vamos a ver a Drestel?

Salieron. La casa del fotógrafo estaba cerca, pero uno de los ayudantes del fotógrafo le dijo que estaba fuera, pero que volvería pronto.

Dick y Alma se miraron brevemente.

Esperaremos —decidió él, comprendiendo la intención de ella.

Les hicieron pasar a una salita y allí estuvieron sentados más de dos horas y media.

Tuvieron tiempo de cambiar impresiones sobre el caso que les había hecho ir a París, creyendo que nadie les escuchaba. Pero se equivocaban plenamente.

El propio Jacques Drestel estaba escuchando su conversación, como tenía por costumbre, antes de recibir a una visita a la que no conocía. En el salón de espera existían micrófonos ocultos y los dos jóvenes visitantes no se ocultaron nada.

Imagina que Drestel nos facilita alguna información importante y logramos ubicar al individuo y le pediríamos una explicación

plausible.

De acuerdo. Iríamos a verle —asintió Alma, dudando — , ¿Y qué crees que puede decirnos?

Ni siquiera puedo figurármelo. Mi imaginación no llega a tanto.

Como es lógico, negará por todos lados. Dirá que nada tiene que ver con los accidentes, y, sin duda, rechazará de plano que sea la misma persona que se encontraba en Londres, París y Chicago...

Esta conversación, sostenida entre la joven pareja fue reproducida, minutos después, por una grabadora, en el amplio y suntuoso despacho de Jacques Drestel, un hombre moreno, nervioso, de cabellos lisos y negros y gestos rápidos.

Escuche esto, jefe —le dijo uno de sus empleados—. Lo he captado de las visitas que hay en el salón de espera.

Drestel escuchó abriendo desmesuradamente los ojos.

¿Eh? —exclamó—. ¡Haz pasar a esa gente ahora mismo!

Robert ha dicho que no estaba usted.

Diles que ya he vuelto... ¡Vamos, muévete!

Drestel llevaba una camisa verde, de cuello redondo, con varios bolsillos. Sacó un paquete de píldoras nicotínicas y se metió una en la boca. Instintivamente pensó en el hombre que le había visitado el día anterior, por la tarde. Y, sin saber por qué, se preguntó, si la llegada de los jóvenes ingleses tendría alguna relación con el visitante de la víspera.

Había sido un caso curioso, relacionado con el reportaje que hizo Vence del siniestro del monorraíl París-Versalles. El hombre presentó una tarjeta, donde Drestel había leído: Ernesto Barrios Toyano, Ingeniero de Minas, Zacatlán, 249 Caracas, Venezuela.

Era sudamericano, pero se expresaba correctamente en francés. Y dijo estar de paso en París.

Su caso era simple, y no nuevo.

« — Uno de sus empleados me tomó una fotografía en el lugar donde ocurrió el siniestro del monorraíl —dijo aquel singular sujeto — . Y tengo motivos personales para no desear salir en la prensa. He sabido que usted trabaja para varias agencias internacionales. Sería ruinoso para mí si alguien ve mi fotografía en la prensa.

« — Comprendo —respondió Drestel, que sabía ser diplomático cuando le convenía — . Nosotros no tenemos la culpa de que estuviese usted en el lugar del accidente. Y mi empleado no le retrató personalmente a usted, sino que captó varias instantáneas del suceso. Se trata de un siniestro, importante, con numerosas víctimas. El público desea ser informado.

« — ¡No quiero que se publique esa fotografía, señor Drestel! —

exigió el venezolano, tajantemente — . Yo le pagaré más de lo que puedan darle las agencias.

La cuestión cambiaba totalmente de aspecto para Drestel, quien sonrió ladinamente, diciendo:

« — En tal caso...

« — Es una cuestión familiar, compréndame. Mi esposa ignora que me encuentro en París. Si por una de esas tontas casualidades, algún conocido se entera y se lo comunica a mi esposa, sería catastrófico.

«—¿Cuánto estaría usted dispuesto a pagar para que yo envíe una circular a las agencias y me devuelvan esas fotografías?

« — Ponga usted mismo el precio, señor Drestel.

El reportero entornó los ojos taimadamente.

« — Los compromisos que tengo con varias agencias europeas y americanas me obligarán a indemnizar, posiblemente, por este enojoso asunto... No sé si con cien mil francos podría solucionarlo satisfactoriamente.

« — Le daré doscientos mil —ofreció el hombre que se hacía llamar Ernesto Barrios, sin inmutarse.

Drestel bizqueó y sólo pudo decir:

« — Desde luego, inmediatamente daré órdenes para que se recupere esa fotografía. ¿Dónde reside usted?

« — Prefiero no decírselo. Mañana le telefonearé y quedaremos de acuerdo. Usted me devolverá la foto y yo le traeré el dinero.

* * *

Con perfecto disimulo, Jacques Drestel recibió a los jóvenes y aceptó la carta de presentación que llevaba Dick Elliot de uno de los jefes de la empresa londinense en donde trabajaba.

Así que trabaja usted en la redacción de «The Chronicle». Por favor, siéntese. Estoy encantado de su visita.

Dick y Alma se sentaron. Jacques Drestel lo hizo también, y sonriendo siempre, se fijó particularmente en Alma, al preguntar:

¿Ya qué debo el honor de su visita?

Quisiéramos cierta información sobre una fotografía que nos envió usted ayer. Aquí traigo la copia. Véala.

Al decir esto, Dick abrió la cartera de mano y sacó la fotografía en cuestión.

¡Ah, el siniestro del monorraíl! ¡Muy aparatoso! Se sabe ya que la vía fue saboteada por un artefacto colocado allí. La policía está investigando.

—¿Quién tomó esta instantánea? —preguntó Dick—. ¿Usted

mismo o alguno de sus reporteros?

No, yo no fui. Y tampoco sé quién la tomó. Pero lo averiguaré inmediatamente —Drestel estaba mintiendo—. Voy a consultar con mi ayudante.

Nosotros deseamos saber algo del hombre que aparece aquí.

¡Hum! —exclamó Drestel — , Supongo que se habrán dado cuenta de que se trata de una foto de prensa. Y me preguntan algo imposible... Usted, como fotógrafo, sabrá que se toman estas fotos del lugar de un suceso y nunca preguntamos quiénes son los que luego aparecen en el clisé.

»Es igual que tomar una foto en un campo de fútbol, dirigida a un determinado jugador que lleva el balón. Si sale parte del público, es imposible saber quiénes son.

Sí, es cierto —admitió Alma — . Pero pensamos que el reportero que tomó esta foto podía conocer al hombre. Nos interesa mucho localizar a este sujeto.

Este reportaje creo que lo tomó Gregor Vence. Le preguntaré, sin duda. Pero mucho me temo que no haya visto jamás a este hombre —y en el tono más natural del mundo, como sin darle importancia, añadió, preguntando — : ¿Y qué interés tienen ustedes en averiguar de quién se trata?

Alma y Dick se miraron brevemente.

Seré sincero, señor Drestel —dijo el joven periodista — .

He descubierto una asombrosa casualidad. Para mí significa mucho encontrar a este hombre... ¡De vida o muerte, diría yo!

En tal caso, no tendré más remedio que hacer todo lo que esté en mi mano, y más. Y no porque me recomiende Mr. Peack a usted. Soy humano y comprensivo... Aguarden un momento. Pronto sabré si el reportero que hizo esta foto sabe algo del hombre que aparece en ella.

Gracias, señor Drestel.

Jacques Drestel tomó la fotografía y, con ella en la mano, salió del despacho. Fuera, ante la secretaria, bajando la voz, dijo:

Estoy esperando una importante llamada de un tal Ernesto Barrios. Pásamela inmediatamente a mi despacho, Ivette.

Sí, señor.

—¿Dónde está Vence?

Deambulando por ahí. Llamará, como es habitual, dentro de una hora.

Cuando llame dile que ha habido un terremoto en Lyon, que tome el primer avión para allá, y que no regrese en un par de semanas. Y que no se preocupe de los gastos. ¿Has comprendido?

La muchacha sonrió y asintió.

Sí, señor Drestel.

El hombre regresó a su despacho.

Siento haberles entretenido, amigos míos —dijo, a modo de disculpa — . Gregor Vence no está, pero le he localizado por teléfono... Y lo que yo me temía. Ni siquiera se acuerda del hombre que les interesa a ustedes. ¿Por qué no van a la Prefectura? Quizás allí le conozcan.

Dick Elliot no pudo ocultar un gesto de decepción.

No, eso no es posible, señor Drestel. Si la policía interviene, nosotros quedaremos al margen. Yo he descubierto la coincidencia y deseo llegar al fondo del asunto. Estoy seguro de que si averiguo la verdad, mi carrera está asegurada. Y la de la señorita Wendix, también.

En verdad, no acabo de entender, señor Elliot —fingió

Drestel — , ¿Qué es lo que se propone averiguar usted?

Con gesto teatral, Dick declaró:

Deseo averiguar por qué este individuo se encontraba en Londres y en París al mismo tiempo.

—¿Cómo ha dicho?

¡Y también en Chicago! —añadió Alma, remarcando con énfasis su declaración.

—¿Quieren ustedes decir qué...? —Drestel sonrió casi cómicamente—. ¡Vamos, vamos! Estamos próximos al siglo XXI y en este curioso mundo ocurren cosas singulares. Pero no tanto como la de que una misma persona pueda estar en dos sitios distintos a un mismo tiempo.

Drestel se interrumpió al sonar el timbre del teléfono.

Perdonen —añadió, tomando el auricular un tanto precipitadamente—. Sí, aquí Drestel... ¡Ah, esperaba su llamada!... Creo que lo he arreglado... Sí, sí... No se preocupe en absoluto. ¿Dónde se lo llevo? Sí... Aguarde, tomaré nota —sujetando el auricular con una mano, Drestel tomó una pluma electrónica de su mesa y garabateó sobre un bloc de hojas de plástico, anotando una dirección — . Sí, estaré ahí a esa hora. Descuide.

Colgó el teléfono y se quedó pensativo. De pronto, encaró a los dos jóvenes:

Bien, amigo Elliot. Quizá pueda ayudarle en algo.

—¿Sí? —exclamó el joven, esperanzado — . ¿Cómo?

—Yo conozco a mucha gente en París. Más de la que usted cree... ¿Qué le parece si esta foto aparece hoy en televisión? Cualquiera que conozca a este hombre, nos avisará.

Dick se sobresaltó.

¡Eso sería espantar la liebre!

¿Quién cree usted que puede ser este sujeto? —insistió Drestel.

—Tengo la mente llena de conjeturas. Ese hombre ha aparecido, como por casualidad, en tres lugares distintos a la vez, donde se ha producido un importante siniestro. Se me ha ocurrido que no puede ser un mismo hombre, sino tres hombres distintos, que, por algún motivo tienen la misma cara y visten la misma ropa... ¡Pero fíjese que siempre ha ocurrido algo! ¡Tres sucesos espantosos! ¡Y en los tres estaba este hombre!

Desde luego, es significativo... ¡Muy significativo! —dijo Drestel —. Y curioso, ¡muy curioso! Podemos hacer una cosa. Déjeme usted esta copia.

Preferiría conservarla yo —dijo Dick, muy serio.

—Yo poseo el negativo —replicó Drestel — . Y puedo obtener una copia ahora mismo. Le digo esto porque deseo ayudarles y me interesa el caso... No, no tema, Elliot. No le quitaré su gloria. Resulta que tengo un amigo que trabaja en el gabinete de identificación de la policía. Allí tienen un ordenador electrónico muy eficiente. Se coloca la foto-muestra ante una cámara especial y en diez minutos, los clasificadores escudriñan nueve millones de fotos. Si hay alguien clasificado allí, le encontraremos... ¡Y no tendrá carácter oficial, porque mi amigo Marcel me debe algunos favores!

Dick y Alma Wendix se miraron de nuevo, consultándose con la expresión, que era de indecisión en ambos. Ella terminó por encogerse de hombros.

No debe preocuparse de nada —insistió Drestel — . Ustedes me conocen y saben que soy persona respetable. Esta misma tarde sabrán quién es ese sujeto, si es que está clasificado en el gabinete de identificación policial.

De acuerdo, señor Drestel —aceptó Dick—. Confío en usted. ¿A qué hora podemos pasar a saber algo?

—¿Les parece bien a las cinco?

Correctamente.

Los dos jóvenes ingleses se levantaron y estrecharon la mano de Jacques Drestel, quien les acompañó obsequioso hasta la puerta, despidiéndose con efusividad.

* * *

Jacques Drestel detuvo su «Pontiac-1990» ante el número 517 de la Rué March. Debía ser el último. Todo aquello eran campos ya, lejos del centro de París. El edificio rodeado de árboles, sin

embargo, era nuevo, prefabricado y de muchos cristales opacos.

Saltó a tierra y se acercó a la entrada del jardín. Vio una escalera de piedra blanca y setos de flores naturales. En el edificio, detrás de los árboles, no parecía haber nadie. Sin embargo, aquellas eran las señas que le habían dado.

Por esto presionó el timbre que había junto a la puerta... ¡Y esta se abrió eléctricamente, franqueándole el paso!

Un tanto desconcertado, Jacques Drestel penetró en el jardín y subió la escalera. Cruzó la terraza y se acercó al zaguán. Entonces vio a la mujer, al abrirse la puerta principal.

Y quedó tan aturdido que no supo mover siquiera los pies. Ante sí tenía una muchacha, de unos veinticinco años, esbelta, rubia, de ojos claros y rostro ovalado, que vestía un «maillot» azul celeste, muy ajustado. Su cuerpo era una perfecta escultura.

Buenos días. ¿Es usted el señor Drestel? —preguntó aquella singular belleza, con acento marcadamente extranjero.

Sí. Vengo a ver al señor Barrios.

Pase, por favor. Mi padre le está esperando.

Gracias, señorita.

Drestel entró en el vestíbulo, en donde no existía la más mínima ornamentación. Todo estaba limpio y despejado.

Estamos esperando el mobiliario —dijo la joven, conduciendo a Drestel hacia una de las puertas del fondo—. Hace sólo tres días que nos instalamos aquí. Hemos venido de Venezuela.

Sí, ya sé —comentó Drestel, apretando la cartera que llevaba en la mano.

La puerta a la que se dirigían se abrió, de pronto, y apareció Ernesto Barrios, sonriendo.

Drestel también sonrió sólo un instante. Luego, al ver a las personas que habían dentro de la sala, sentadas en torno a una mesa circular, se le demudó el semblante.

Pase usted, señor Drestel. Le estábamos esperando.

¡Y dentro de la habitación había cuatro hombres y cuatro mujeres, vistiendo la misma ropa y exactamente iguales de rostro!

¡Las cuatro mujeres eran idénticamente iguales a la que había abierto la puerta!

Jacques Drestel tuvo el nefasto presentimiento de que no iba a salir jamás de aquella extraña casa

CAPITULO III

LO siento. El señor Drestel no está —dijo el empleado.

—¡Nos dijo que viniéramos a las cinco! —exclamó Dick Elliot, excitadamente.

Hay varias personas esperándole. No creo que tarde. Pero, lo siento; no ha venido.

Le esperaremos —dijo Alma, secamente—. Es importante lo que hemos de tratar.

—¿Quieren pasar al salón?

Efectivamente, había cuatro personas esperando a Drestel.

Pero Jacques Drestel no apareció. Sus empleados y secretarias entraron varias veces en el salón, excusándose.

Lamentamos esta demora del señor Drestel —dijo uno de ellos — . Estamos haciendo todo lo posible por localizarle, pero ni está en su casa, ni en el restaurante donde suele ir a comer, ni en ninguna parte.

Dick se levantó y se acercó al empleado.

¿Han preguntando ustedes en el gabinete de identificación de la policía? Esta mañana nos dijo que ¡ría a ver a un amigo que tiene allí para identificar a un sujeto.

Le agradezco que me diga usted eso, señor Elliot. Hemos llamado a todas partes. Llamaré a ese gabinete. Disculpe.

Tampoco dio resultado la llamada al gabinete de identificación. Les dijeron que Drestel no había ¡do por allí. En realidad, nadie sabía dónde había ido el fotógrafo. Pero Alma Wandix acertó al dar una pista.

Cuando estaba hablando con nosotros llamaron por teléfono. ¿Recuerdas, Dick?

Sí. Y le dijeron unas señas, que anotó en un bloc.

No te muevas de aquí. Voy a intentar colarme en el despacho de Drestel y hacerme con el bloc. La pluma electrónica deja una pequeña huella en las hojas de plástico situadas inmediatamente debajo de la que se ha utilizado para escribir.

—¿Qué te propones hacer? —siseó Alma.

—Averiguar dónde está Drestel, antes de que intervenga la policía. Presiento que algo le ha ocurrido, y por ese motivo no viene, y también que haya intentando jugarnos una mala pasada, aprovechando él los informes que le hemos dado.

Dick se acercó hasta la mesa en donde estaba la secretaria

particular del desaparecido.

Perdone, señorita. Esta mañana estuve con el señor Drestel. ¿Me recuerda?

Sí, señor Elliot. Le recuerdo. Pero el señor Drestel no ha venido. Lo siento.

No se trata ahora de eso. Yo también lo siento. Es que debió caérseme un llavín. Lo eché de menos en el hotel. Y me dije que esta tarde le preguntaría al señor Drestel si lo había visto sobre la alfombra.

No me dijo nada. Pero nadie ha entrado ahí después de irse él.

—¿Y no le dijo a usted a dónde iba?

No. Me dijo simplemente que iba a efectuar una importante visita... Si usted quiere, podemos ver si está su llave.

¡Oh, gracias; es usted muy amable!

La secretaria se levantó y acompañó a Dick hasta el despacho de Drestel, donde estuvieron buscando por el suelo, sin encontrar nada.

Es raro —musitó Dick—. Habría jurado que debió caérseme aquí.

Advertiré al servicio de limpieza —dijo la secretaria, obsequiosa.

Tal vez cayera debajo de la mesa. ¿Me permite retirarla un poco?

Sí, naturalmente —dijo ella, inclinándose para mirar por el piso.

Y fue entonces cuando Dick, rápidamente, puso la manó sobre el bloc de hojas de plástico, para guardárselo en uno de los bolsillos de su camisa oscura. Hizo ver que continuaba buscando durante unos minutos más y luego desistió.

Quizás haya perdido el llavín en otra parte. Lamento haberle molestado, señorita.

No ha sido molestia... Lo que me preocupa es la desaparición del señor Drestel. Sin él, todo esto no marcha.

Nosotros nos ¡remos. Si acaso, llamaré más tarde, por si ha vuelto.

Dick y Alma se marcharon, decepcionados. Una vez en la calle, examinaron el bloc que Dick había sustraído de la mesa de Drestel.

Parece que se percibe algo —observó Alma—. Si acaso podemos someter esta hoja a tratamiento químico. Sales de plata o algo.

Creo que hay un número y un nombre. Y no debió escribir más —dijo Dick, mirando atentamente la hoja de plástico arrancada del bloc — . Quinientos diecisiete de la Rué March o mucho me equivoco.

Alma también examinó la hoja. Al cabo de unos minutos de escrutinio, ella también asintió, diciendo:

Sí, eso mismo... Cinco, uno, siete, Rué March.

—Vamos a ver dónde está eso. Tomaremos un taxi.

Así lo hicieron. El taxista al oír la dirección sacudió la cabeza, torpemente.

Me parece que eso queda fuera de París. Les cobraré sobretasa.

No se preocupe. Llévenos a ese lugar cuanto antes. Tenemos para pagarle.

Está bien... Rué March. ¡Diablos, está en el fin del mundo!

Efectivamente, fue un trayecto largo. Pero la decepción la recibieron al final. El último número de la ni siquiera trazada calle, era el cuatrocientos doce. Ya no existía ningún edificio más, pese a que se adentraron en medio de unos campos y cruzaron hasta un arroyo.

Decepcionados, ambos jóvenes se vieron obligados a volver, pagando mil francos al taxista por su trabajo.

¡Vaya un chasco! —exclamó Alma, cuando descendieron del coche frente al «Pavillon Hotel» — . ¿Y qué hacemos ahora?

Primero, llamar a la oficina de Drestel, por si hubiese aparecido. Luego, decidiremos.

Entraron en el vestíbulo del hotel. Dick realizó la llamada.

Lo siento, señor Elliot —le dijo una voz, un tanto apagada—. El señor Drestel no ha vuelto aún. Hemos comunicado su desaparición a la policía por orden de su esposa. Estamos muy inquietos.

Lo siento... Gracias, de todos modos musitó Dick, colgando acto seguido.

—¿No? —preguntó Alma Wendix.

No — respondió Dick, con desaliento.

¿Y ahora qué?

Podemos ir a cenar, luego a dormir y mañana veremos si Drestel ha aparecido. Mucho me temo que no le veamos más.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Alma, sobrecogida.

No lo sé... Quizás sea un presentimiento.

* * *

Aquella noche, al retirarse a su habitación, después de despedirse de Alma, Dick Elliot no esperaba encontrar a alguien aguardándole. En recepción no dijeron nada.

Hastiado y malhumorado, abrió la puerta de su cuarto y se quedó como transformado en estatua, ¡al ver a una preciosa mujer,

rubia platino, y de cabellos peinados en forma de casco, que estaba sentada en la butaca, sonriéndole!

Buenas noches, señor Elliot. Le estaba esperando. Pase, por favor y no se quede ahí.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere? ¿Cómo ha entrado?

Con marcado acento extranjero, la mujer repuso, sin dejar de sonreír.

Entre y se lo explicaré todo. ¿O es que tiene miedo de una muchacha?

Era alta, estilizada, exótica y maravillosa. Sus movimientos parecían felinos y sus grandes ojos despedían un inusitado brillo.

Dígame, al menos lo que hace aquí y cómo ha entrado.

He abierto la puerta con esta llave —dijo ella, sacando un objeto metálico de un bolsillo elástico, sobre su liso vientre.

—¿Y para qué quiere verme?

Para hablar de Jacques Drestel.

Inmediatamente se despertó el interés de Dick.

¿Qué sabe de él? —preguntó, vivamente.

Me dijo que usted se fijó en unas fotografías muy... ¡significativas!

—¿Cuándo le ha visto usted?

Esta misma tarde.

—¿Dónde?

En un lugar despoblado, a las afueras de París —contestó ella, con una sonrisa.

—¿Quién es usted? —preguntó Dick, secamente.

Mi nombre no le serviría de nada, señor Elliot. No se preocupe por mí. Hablemos de esas fotografías que fueron a parar a sus manos.

Dick no deseaba otra cosa.

—¿Qué quiere saber de ellas?

Me interesa extraordinariamente que se olvide usted de ese asunto.

¡Eso es pedirme demasiado!

Sé perfectamente lo que pido, señor Elliot —musitó la joven, en tono suave — . Estoy dispuesta a pagar lo que sea.

—¿Qué interés tiene usted en esas fotos?

Se cometió un error involuntario, que no volverá a repetirse. Pero la Operación «Fin» ha de continuar.

—¿Operación «Fin»? —preguntó Dick, arqueando^ las cejas—. ¿Qué significa eso?

No puede saberlo. Escuche, Elliot. Me resulta usted simpático y

no quisiera perjudicarle. No tengo más remedio que hacerlo... Es inevitable. —Al decir esto, la rubia platino extendió su mano izquierda hacia el rostro de Dick, quien pudo ver una piedra ambarina engarzada en un anillo de platino.

—¿Qué es...? —empezó a decir, retirando el rostro instintivamente.

En aquel preciso instante, sonó el timbre del teléfono Dick se levantó, volviéndose hacia la repisa en donde se encontraba el aparato.

La mujer no alteró la inexpresiva máscara de su rostro.

—Vea quién le llama. Tenemos tiempo.

Dick se acercó al teléfono y lo descolgó. Un grito llegó hasta su oído.

¡Dick, está aquí, en mi habitación!

Era la voz de Alma Wendix.

—¿Quién está ahí? —exclamó él.

¡El hombre de la fotografía!

—¿Qué?

¡Ven inmediatamente, Dick! ¡Lo he encerrado en el baño!

¡Voy ahora mismo!

Dick colgó el teléfono y se volvió. Pero en aquel instante, del anillo de la mujer, que se había puesto detrás de él, surgió como un gas verdoso y denso que se dirigió a la cabeza de Dick.

¡Ugk ha fallado otra vez! —fue lo último que oyó decir Dick Elliot, en labios de la rubia platino, antes de perder el conocimiento.

* * *

Alma Wendix se había llevado un susto tremendo, al abrir la puerta de su habitación y dar la luz. Una mano, fría como la de un muerto, surgió por detrás y le tapó la boca, impidiéndole gritar.

La joven fotógrafo había practicado judo y supo reaccionar instintivamente, revolviéndose con fiereza y aferrando la muñeca del hombre. Con un solo gesto, vigoroso y firme, logró voltear al hombre.

¡Y cuál no sería su asombro, al ver en el suelo al individuo del rostro blanco y la nariz aguileña! ¡El mismo que ella había fotografiado durante el incendio del «Globster», y el mismo que apareció en las otras fotografías!

El hombre, sin decir palabra, intentó incorporarse, llevando una enguantada mano al bolsillo. Alma, temiendo que pudiera extraer algún arma, se abalanzó sobre él y le aferró el brazo, retorciéndoselo.

Y le extrañó que el hombre no emitiera un grito, porque el ataque de judo era doloroso. Aquel tipo parecía un robot. Ni hablaba, ni expresaba dolor en sus facciones inexpresivas, y mucho menos furia o cólera.

Tampoco se defendía.

Sin permitirle sacar la mano del bolsillo de su chaqueta antigua, Alma le empujó hacia el baño, cuya puerta se cerraba por dentro y por fuera. De un empujón, el hombre fue lanzado al interior del baño. Sin perder ni un segundo, Alma cerró la puerta con llave y luego corrió al teléfono, pidiendo la habitación de Dick Elliot.

Lo más angustioso para la intrépida joven londinense fueron los minutos transcurridos sin que llegase Dick, después de haber hablado con él.

Pasado un tiempo más que prudencial, Alma volvió a descolgar el teléfono.

¡Por favor, póngame con la habitación del señor Elliot! ¡Es muy urgente!

Sí, señorita —le contestaron en recepción.

Aguardó impaciente.

Lo siento, señorita Wendix. Pero no contestan.

¡Ha debido de ocurrirle algo! ¡He hablado con él hace un instante! ¡Vayan a ver qué le sucede! ¡Yo no puedo moverme de aquí! ¡Háganlo, por favor!

—Sí, descuide. Iremos inmediatamente.

Alma se colgó del receptor y se acercó de nuevo a la puerta del baño. Escuchó, muy intrigada. Los nervios la sacudían ya como si fuese una hoja de árbol.

—«¿Qué le habrá ocurrido a Dick? ¿Por qué no viene? ¿Qué hago con este hombre?»

Se hizo mil preguntas más, sin hallar respuesta para ninguna, y casi estaba a punto de abrir la puerta del baño, para salir de dudas de una vez, preguntando a su prisionero, cuando sonó la llamada en la puerta.

Voló hacia ella y la abrió, encontrándose a un mozo del hotel, que la miró cariacontecido.

—¿Es usted la señorita Wendix?

Sí, yo soy.

El jefe del servicio me ha enviado a la habitación 310. El señor Elliot no está en su cuarto.

—¿No está?

No, señorita. Y nadie le ha visto salir.

¡Eso es imposible! Debió de salir de su cuarto para venir a

verme... ¡No se ha podido perder por el camino! Escuche, entre usted. Tengo a un hombre en el cuarto de baño. Venga.

—¿Un hombre?

Sí. Creo que es un saboteador, incendiario o algo así. Lo he encerrado ahí porque intentó atacarme. Hemos de imposibilitarle y entregarle a la policía... ¡Ayúdeme usted, por favor!

El mozo sorprendido y confuso, penetró en el cuarto, yendo en pos de Alma, la cual se dirigió a la puerta del baño, girando la llave en la cerradura.

¡Sujételе si intenta esca...!

Alma se quedó con la palabra en la boca, mirando al interior del cuarto de baño, en donde no había absolutamente nadie.

—¿Cómo...? ¡No, no puede ser!

Sin atreverse a entrar, miró hacia la pequeña ventana, por la que no podía salir nadie, dada su angostura. Además, estaba cerrada por dentro.

—Aquí no hay nadie señorita —dijo el mozo, quizá habituado a las excentricidades de ciertos huéspedes.

No... No es posible... ¡Inaudito! —pareció gemir Alma — , Yo misma lo he encerrado ahí... Y no me he movido de aquí.

El mozo estaba muy serio, mirándola como si se tratase de una loca visionaria.

No sé qué decirle, señorita —musitó, a modo de disculpa.

¡No estoy loca! ¿Me entiende usted?

Desde luego. Si me lo permite, avisaré al jefe de servicio—. Era evidente que el mozo deseaba salir cuanto antes de la habitación de Alma.

Ella no hizo nada por impedirle la salida. Se quedó como alelada.

No... No puede ser... ¿Cómo se ha ido ese hombre? ¿Quién es?

El miedo a lo sobrenatural empezó a infiltrarse en la mente de la muchacha. En pocos segundos, el pánico se apoderó de ella. Y, perdida la cabeza, optó por salir al pasillo corriendo y dando gritos, lo que provocó un alboroto en el hotel.

Media hora después, en el despacho de la gerencia del hotel, y en presencia de varios hombres, Alma explicaba por enésima vez su historia a un comisario de la policía francesa, requerido por petición de ella misma.

Bien, señorita. Explíquemelo todo otra vez —pidió el comisario Garneé, pretendiendo mostrarse comprensivo.

Alma empezó por el descubrimiento realizado en Londres por Dick Elliot y el estupor ante lo incomprensible.

Era el mismo individuo. Dick Elliot se encargó de constatarlo con un experto. No había duda. Eran una misma persona... ¡El mismo hombre que he encontrado en mi habitación esta noche!

—¿Y dónde está ese hombre? —preguntó Garneé, benévolo.

¡Lo encerré en el cuarto de baño y llamé a Dick! Pero cuando abrí la puerta, poco después, el hombre no estaba allí.

El jefe de los servicios nocturnos del «Pavillon Hotel», así como el gerente, el detective y el recepcionista, presentes en la entrevista sonrieron. Alma Wendix estaba resultando una huésped extravagante y singular.

—¿Y dónde está el señor Elliot? —quiso saber el comisario.

Me dijo que venía, cuando le avisé por teléfono. Pero no llegó —declaró Alma, muy nerviosa — . Ha debido de ocurrirle algo.

Iré a echar un vistazo a su habitación —dijo el comisario.

Y lo sorprendente del caso, lo que vino a poner una

pincelada burlesca en todo aquello, fue que el comisario Garneé, al llegar a la habitación 310, encontró allí a Dick Elliot, tendido en el lecho, completamente dormido.

Se le despertó y se le preguntó por Alma Wendix. Su respuesta no pudo ser más sorprendente:

No conozco a ninguna Alma Wendix... ¡Jamás la he visto antes!

CAPITULO IV

NO me conoces, Dick? —gritó Alma, a punto de perder la razón o sufrir un ataque de histeria.

No. Lo siento —contestó Dick Elliot, firmemente.

¡Puedo demostrar que miente! —chilló Alma—, Llegamos juntos desde Londres. Nos hospedamos juntos en este hotel... En recepción nos vieron... ¡Y hemos estado todo el día juntos! Fuimos a las oficinas del fotógrafo Drestel, donde nos vieron casi todos los empleados. ¿Por qué te niegas a reconocerme, Dick?

No lo niego. Es la verdad. He venido solo a París, a cumplir un encargo de mis jefes, precisamente relacionado con el fotógrafo Jacques Drestel, dcr.de estuve hoy a verle. Pero fui solo. Yo no la he visto a usted jamás, señorita.

Incluso el paciente comisario Garneé estaba desconcertado. Y lo peor de todo era que no veía indicios de criminalidad por ninguna parte.

¡Basta! Estamos perdiendo lamentablemente el tiempo. Me han llamado para que averigüe la desaparición de un hombre que no existe.

¡Ese hombre me atacó en mi cuarto! —exclamó Alma, anegados ya los ojos en llanto—. Yo me defendí de él y le encerré en el baño. Llamé entonces a Dick y me dijo que venía en mi ayuda. Incluso el mozo fue a su cuarto y luego me dijo que no había nadie allí.

Garneé requirió al mozo en cuestión, quien declaró:

Me enviaron a la habitación 310. Llamé a la puerta y no me contestó nadie.

—¿Entró usted? —preguntó Garneé.

No. Sólo llamé repetidas veces. Al ver que nadie me abría, pensé que el señor Elliot habría salido. Por eso fui a la habitación de la señorita Wendix.

Bien, puede retirarse —dijo el comisario al mozo, para volverse luego a Dick y Alma — . No llore usted, señorita. Ha debido sufrir un trastorno, quizás una pesadilla.

¡No, sé muy bien lo que digo! Dick y yo hemos venido a París a buscar al hombre de la fotografía. Se trata de un ser sobrenatural, un demonio maléfico. Han debido hipnotizar a Dick... ¡Es absurdo todo lo que ocurre! ¿Y el señor Drestel? ¿Por qué ha desaparecido?

—Jacques Drestel ha sido hallado muerto a primeras horas de esta noche, flotando sobre las aguas del Sena —informó el

comisario Garneé, con sentimiento—. Y todo parece indicar un suicidio. En su coche se ha encontrado una nota, pidiendo que no se culpe a nadie de su muerte...

Alma no pudo escuchar más, cayendo en una butaca, anonadada.

Dick Elliot continuaba de pie, impasible y mudo. Ahora, habló, preguntando:

—¿Puedo retirarme, comisario?

Sí, gracias por su ayuda.

¡Dick, escucha! —gritó Alma, de pronto.

Junto a la puerta el joven periodista se detuvo volviéndose y mirando a Alma inexpresivamente.

—¿Qué desea usted?

Recuerda. Tú fuiste a buscarme al «Lonny». Llevabas las fotografías en las que aparecía el misterioso hombre vestido de negro. Esas fotos existen...

He venido a París a entrevistarme con Jacques Drestel, por encargo de mi jefe de redacción. Se trata de aumentar la colaboración de Drestel.

¡Eso es mentira! ¡Han debido de hipnotizarte! ¡Puede usted comprobar eso, señor comisario! ¡Envíe un cablegrama a Londres! ¡Esos demonios no han podido modificarlo todo! ¡Incluso aquí, en este hotel, todos me han visto en compañía de Dick! ¡Llegamos juntos, nos hospedamos juntos! ¡Y hemos comido juntos en el comedor!

El comisario Garneé se rascó la cabeza.

—¿Y qué quiere que yo haga si él se niega ahora a reconocerla, señorita?

Dick, por favor, escúchame. Haz un esfuerzo e intenta recordar. ¿Qué te ha ocurrido? Fuimos en un taxi a las afueras de París. ¿No lo recuerdas? Buscábamos el 517 de la Rué March.

No sé de qué me habla usted, señorita.

—Ya basta —exclamó el comisario—. Este asunto ha llegado ya demasiado lejos. Carezco de fuerza legal para seguir interviniendo. No se ha violado ninguna ley... ¡Y no quiero seguir perdiendo el tiempo! Tengo otras cosas que hacer. Le ruego que se retire a su habitación, señorita Wendix. Puede usted marcharse, señor Elliot.

El salió, no sin antes hacer un leve movimiento de cabeza. Alma suspiró entrecortadamente y hundió la cabeza en el pecho. De sus labios se escapó una frase, cuyo sentido se escapó al comisario, que desconocía el italiano:

—«Eppur si muove».

* * *

Cuando Dick Elliot regresó, maquinalmente a su habitación la rubia platino del «maillot» azul y los ojos grandes y luminosos estaba sentada en una butaca, esperándole.

El entró, cerró la puerta y fue a situarse frente a ella, dócilmente.

—¿Cómo te ha ido, Dick?

El comisario no podía creer la historia de esa pobre muchacha.

Nadie puede creerla. Lo siento por ella. Su psiquis habrá recibido un fuerte choque, del que, posiblemente, no se recuperará. No te preocupes más. Siéntate, Dick. Tengo que explicarte muchas cosas que tú tampoco comprendes.

El obedeció, tomando una silla reclinable y quedándose muy erguido delante de la exótica mujer.

Admito que hemos cometido numerosos errores. No se conoce a los humanos en unos años. Debíamos haber estudiado mejor vuestras costumbres, antes de lanzarnos a realizar la Operación «Fin».

—¿En qué consiste esa operación?

Se nos asignó la misión de exterminar sistemáticamente a la humanidad. Se requiere, para continuar con nuestros planes de expansión, que este planeta quede desierto antes de finalizar el siglo. Nosotros somos los ejecutivos de la muerte.

»La Tierra ha de quedar desierta y despoblada en menos de diez años. La razón sólo la conoce Ghook, pero sabemos que obedece a motivos expansionistas.

«Nuestra raza necesita espacio. Este planeta está dentro de los límites de nuestro sistema. Nos hace falta. Pero debe estar limpio de gérmenes. Vosotros sois seres primitivos. No habéis aprendido a curar vuestras enfermedades ni a limpiar el suelo, el mar ni la atmósfera. Habremos de hacerlo nosotros. Para ello traeremos máquinas.

—¿Y sólo para usurparnos el suelo en que vivimos nos habéis de exterminar?

Es ley de supervivencia. Es Ghook quien manda. El razona y comprende el más allá, lo ignoto y el futuro. Posee el cerebro mecánico más perfecto del Universo.

No te entiendo, Ulda —musitó Dick—, Mi mente no está capacitada para asimilar tus palabras.

Intentaré explicártelo, Dick —insistió la bella y exótica mujer—. Nosotros vivimos en un mundo muy pequeño, situado en donde vosotros habéis dado en llamar Próxima Centauri. Somos cinco mil siervos de Ghook. Ni uno más. Creo que, antiguamente, éramos

una raza tan extensa como la vuestra, pero la luchas nos diezmaron. Fue necesario imponer la Evolución Técnica y se crearon las máquinas. Ghook vive desde entonces y posee el secreto de la vida inextinguible. Está encerrado en la Cámara Inaccesible, desde donde domina los controles de todos nosotros.

»No somos como tú nos ves. Nuestros cuerpos son intangibles, hechos de una materia enteramente desconocida para vosotros, impalpables e invisibles. No podéis vernos ni tocarnos, pero somos, estamos y sentimos. Imagínate algo así como una masa de gas. Es el símil más parecido. La razón radica en cada una de nuestras moléculas, las cuales no podrían descubrir ni los más potentes microscopios electrónicos.

»No poseemos tamaño, ni forma, ni color. Pero estamos en constante crecimiento. Yo misma, en estado natural, necesitaría un espacio de veinte kilómetros cuadrados para vivir holgadamente.

»Ghook ha enviado a diez de nosotros, cinco de cada sexo, para que nos instalemos aquí provisionalmente y limpiemos La Tierra, Posiblemente, después vengan algunos centenares más. No se nos puede molestar. Cualquier objeto que penetre en nuestras masas, nos perjudica, como si a vosotros os introducen un objeto metálico en el cuerpo.

»Eso es nocivo y daña. Por ello, estamos provocando catástrofes continuamente, a fin de acabar con todos vosotros en poco tiempo. Necesitamos este planeta y os tenemos que sacrificar. Esto entraña un peligro grave, según nos advirtió Ghook. Si os atacamos abiertamente, utilizando nuestros recursos técnicos, cabe la posibilidad de que no os podamos exterminar a todos y los que queden encuentren el modo de defenderse de nosotros.

«Estamos causando víctimas en todas partes. Utilizamos toda clase de medios, tanto vuestros como nuestros. Cegamos a los pilotos de los grandes aviones, hacemos estallar las sentinas de los grandes buques, provocamos cataclismos y terremotos... Pero todavía no hemos logrado nivelar el índice demográfico. Hoy por hoy, aún nacen más seres humanos de los que mueren.

»Sin embargo, cuando Tael, Smir y Dol inciten a la locura a los beligerantes de África, todo el continente negro quedará asolado. Esa guerra la hemos provocado nosotros. También estamos intentando incitar a la rebelión a los pueblos de oriente. De un momento a otro estallará una revolución furiosa que asolará el este de Europa. En cuanto a la catástrofe del Estadio Milán, con ciento ochenta mil muertos, fue cosa nuestra... ¡Una obra perfecta de pánico y locura colectiva!

¡Pero eso ocurrió hace seis años! ¿Cuánto tiempo lleváis intentando acabar con nosotros? —preguntó Dick.

Exactamente, diez años. Y sólo nos hemos apuntado tres millones y medio de víctimas.

—¿Qué ocurrirá, Ulda, si no podéis destruirnos a todos?

En último extremo, recurriremos al incendio de la atmósfera. Podemos inflamar el oxígeno del aire.

—¿Y por qué no lo hacéis?

Eso entraña cierto peligro para nosotros. Sería necesario abandonar el planeta. Puede que lo hagamos alguna vez, anqué Ghook no lo aprobaría. No, con la guerra de África, la revolución oriental y el hundimiento de Australia, seguido de numerosos terremotos, ciclones y huracanes insólitos, podemos dejar el mundo al borde del exterminio.

»Hay otro proyecto, también interesante, de Ugk, que puede dar resultado. Se trata de aniquilar la vida vegetal. Todo el planeta quedaría estéril y grandes masas de gentes morirían de hambre en poco tiempo.

»Ugk se propone también envenenar las aguas de los ríos y embalses y para ello necesita grandes cantidades de materias tóxicas que intenta extraer de los depósitos industriales. Pero Ugk es muy torpe y puede sufrir algún accidente. Intentamos disuadirle y convencerle para que colabore en nuestros planes generales.

Había una pregunta que danzaba en la mente del «dócil» Dick Elliott.

¿Qué peligro entraña para vosotros el que yo haya descubierto vuestra presencia «física» entre nosotros, y por qué os mostráis bajo ese aspecto humano?

La extraña Ulda sonrió con gracia inusitada:

Nuestro aspecto obedece a que sólo hemos podido obtener dos «moldes» distintos. Ghook se ha mostrado perezoso en eso. Dijo que era suficiente. Entre tantos millones de seres humanos, diez de nosotros pasaríamos desapercibidos, habida cuenta de que sólo nos reunimos para casos de urgencia y en lugares donde nadie puede vernos.

«Elegimos dos humanos, un hombre y una mujer, y formamos dos grupos de cinco hembras y cinco varones. Nuestros modelos nos facilitaron sus cuerpos y sus ropas, que es materia distinta a la nuestra. No podría hacerte comprender jamás a qué es debido esto, ni por qué nos transformamos en nuestra propia impalpable forma cuando nos conviene librarnos de ese aspecto físico que ves ahora.

«Todo tiene su explicación, pero tú no entiendes nada de

«udaros», ni «krogs», y menos de «jigros»... Al menos, así es romo se podría traducir a vuestras lenguas una serie de dómenos que tienen lugar en Klogki.

—¿Klogki? — preguntó Dick.

Sí. Ese es el nombre, o el significado del nombre, del mundo en donde hemos vivido.

—¿Y Drestel, qué ha sido de él?

Fue obligado a morir, como vas a serlo tú también. Pronto te darás cuenta de que la muerte es una liberación para vosotros. El hombre es demasiado limitado en todos sus actos. Le limita la razón, la pasión, el vicio, las necesidades... Todo es un cúmulo extraño, que se inicia en la infancia y termina en la senectud. Vuestra vida carece de sentido táctico, y no lo digo porque nosotros nos hayamos protesto vuestro exterminio, como base a nuestra propia expansión. Si analizas bien lo que acontece con vosotros veras que tengo razón. ¿Por qué estáis en este mundo?

—Tenemos un origen divino, Ulda —respondió Dick, dignamente.

¡Todo, incluso el diablo tiene origen divino! —respondió ella, sonriendo — . La vida y la muerte se basan en un principio c vino. Mas dejando aparte la muerte, que desconocéis, la vida es algo inconclusa. Sólo perduran vuestras obras, o los recuerdos que podéis dejar a la historia... Los recuerdos de muy pocos, claro está.

»Vivís rodeados de maldad, injusticia, oprobio, vejación, enfermedad y angustia. Eso es fruto de vuestra propia ignorancia, del desconocimiento absurdo de la verdad. En el fondo, no sois más que gusanos frágiles, a los que vientos extraños arrastran y zarandean continuamente. Vuestra existencia está plagada de imperfecciones. Creemos haceros una favor al acabar con todos vosotros porque estamos seguros que después encontraréis todo aquello de que habéis carecido aquí.

—¿Y vosotros no termináis alguna vez?

Sí, Dick. Nosotros también terminaremos. Todo nace y muere. Lo malo es que nosotros moriremos lentamente, durante milenios, y luego todo habrá terminado definitivamente. ¡No podéis nada contra nosotros!

Yo no. Me has dominado perfectamente. Pero aún quedan muchos millones de seres. Alguien puede aprovechar vuestros errores, puesto que no sois infalibles... ¡Alma Wendix, tal vez! Y si los hombres se dan cuenta del peligro,! os destruirán y destruirán también a Ghook.

Imposible —dijo ella, despectiva—. Intenta destruirme y verás...

Ahora soy de carne y hueso, al parecer, como tú. Pero observa.

La mujer se desmaterializó en el acto, desapareciendo de la vista de Dick, quien continuó sentado, sin inmutarse.

—¿Qué quieres demostrar con eso? —preguntó como si hablase consigo mismo—. Sé que estás ahí. Una descarga atómica te desmaterializaría.

Lo dudo, Dick —respondió la voz de Ulda, en el vacío—. En una fracción de milésima de segundo me trasladaría a otro lugar, a millares de kilómetros de aquí. Somos invulnerables a vuestras armas.

—¿No se os puede vencer de otro modo?

No —dijo Ulda, apareciendo de nuevo frente a Dick, siempre sonriente — . Somos indestructibles.

Eso me gustaría verlo. Estás mintiendo. Si no nos temieseis, no estaría yo aquí, dominado por tu voluntad. Yo descubrí el error de Ugk, al aparecer en varias fotografías. Alma Wendix también lo sabe. Y Drestel debió de dejar alguna nota.

Estoy hurgando en tu mente, Dick Elliot, y sé que ni siquiera tú crees en lo que dices. No insistas más. Ya te he explicado cuanto puedo explicarte. Ahora es conveniente que terminemos de una vez. Ya sabes cuáles son mis instrucciones. Cúmplelas.

Sí —musitó Dick — , tengo que morir. Abriré la ventana y me lanzaré al vacío. Estamos en el piso noveno. Caeré sobre el tejadillo interior y mi cuerpo quedará triturado.

Exactamente —asintió la rubia platino, con su peculiar acento suramericano—. Ese es tu deber. Pero antes debes redactar la nota, que dejarás sobre el lecho, diciendo que estás hastiado de vivir y que has resuelto poner fin a tu vida. Te dejo, Dick. Debo ir a la reunión de urgencia que celebramos esta misma noche en el edificio que no has podido ver esta tarde, pese a tenerlo ante tus ojos. Adiós, Dick. Ha sido muy agradable tratar contigo.

Dick se levantó dócilmente. Ante sus ojos, la fascinante figura de la extraña mujer se volatilizó súbitamente. Su presencia dejó de sentirse en la habitación.

Entonces, el joven fue hacia la mesita y tomó una hoja de papel de plástico. Extrajo una estilográfica electrónica, de trazo imborrable, y con legra firme, empezó a escribir:

«A quien pueda interesar: Voy a poner fin a mi vacía existencia. Estoy hastiado de todo y me siento profundamente deprimido...»

Una llamada a la puerta obligó a Dick a volver la cabeza. Su pulso se alteró por vez primera. Sin apenas darse cuenta de lo que hacía, se levantó y fue a la puerta, abriéndola.

Ante él vio a Alma Wendix, cubierta con una preciosa bata de color verde claro.

—¿Qué desea usted? —preguntó Dick, secamente.

Quiero hablarte —dijo ella adelantando un paso hacia él — . He estado pensando en mi cuarto, acerca de lo ocurrido, y sé que no estoy loca, Dick. Tú también lo sabes.

He comprendido que algo te ha sucedido. Algo terrible. Ese ser que había en mi cuarto no era de este mundo. Estoy segura. Es una amenaza terrible que debo conjurar yo sola, ya que tú no puedes ayudarme.

¡Váyase! —exclamó Dick, intentando cerrar la puerta.

En aquel instante, Alma alargó la mano e inclinó el cuerpo,

empujando al otro, al que atenazó de la muñeca, para luego voltearlo aparatosamente y lanzarlo contra el suelo.

Antes de que Dick pudiera incorporarse, Alma, transfigurada, había cerrado la puerta de golpe y se inclinaba sobre él, diciendo:

—Tú eres de carne y hueso y a ti sí puedo hacerte daño si intentas algo —estaba retorciendo el brazo de Dick a su espalda, obligándole a permanecer pegado de cara al suelo, mientras una desnuda rodilla le oprimía la espalda — . Lo siento, Dick. Emprendimos juntos esta aventura y no te abandonaré a tu suerte. Si quieren, habrán de hacer conmigo lo mismo que contigo y con Drestel.

Dick intentó revolverse, atacar a la joven, pero ésta lo dejó fuera de combate propinándole un violento rodillazo en el rostro, dejándolo K.O.

Alma vio entonces la nota y la leyó. Una profunda rabia la asaltó.

¡No te harán daño a ti solo, Dick! ¡Habrán de acabar también conmigo, pero me defenderé con dientes y uñas, y te defenderé a ti!

Dicho esto, Alma arrugó la hoja de plástico y se inclinó sobre el caído, agarrándole de los brazos, para sacarle de la habitación.

CAPITULO V

NO podemos culpar a Ugk de los errores sólo atribuibles a Ghook —habló uno de los cinco «hombres» de la nariz aguileña, semblante pálido y ropas antiguas y oscuras, que se sentaba en el centro de sus cuatro compañeros.

Frente a ellos, al otro lado de la mesa desprovista de objetos, estaban las cinco «mujeres» estilizadas, rubias platino, exóticas, hermosas y fascinantes, pero inexpresivas.

Ghook nos dio instrucciones concretas que no hemos realizado más que en parte —respondió la llamada Ulda, la cual era imposible diferenciar de las otras cuatro—. Si se cumpliera el plazo asignado para realizar la Operación «Fin», y este planeta continuase habitado por alguno de los humanos, seríamos severamente castigados. Hemos de temer la furia de Ghook.

—Todos nuestros planes se están llevando a la práctica — habló otro—. En África, vamos a desencadenar pronto una hecatombe. Como se dice aquí, la pera está a punto de caer del árbol.

Disiento —habló una «mujer»—. Esa hecatombe la vienes anunciando hace años y nunca se realiza, Tael. ¿No estarás, con retorcida mentalidad humana, pretendiendo culpar a Ugk de errores, para así ocultar los tuyos propios?

¡No tienes derecho a decirme eso, Lit ! —exclamó el aludido—. No se enciende el odio en mil millones de seres en un día. Sólo pretendo señalar que Ugk no ha debido dejarse fotografiar junto a los lugares donde ha provocado siniestros. Lo menos que podía hacer, en bien de todos, era destruir esas fotos.

Lo intenté —se disculpó uno de los «hombres»—. En Londres, cuando me fotografió aquella chica, quise destruir la película de su máquina. No me fue posible porque la joven se me escapó antes de que pudiera acercarme a ella. La busqué sin éxito. Y en el siniestro del monorraíl me sucedió otro tanto. Sin embargo, pensé que no lograría nadie identificarme. Era una casualidad demasiado grande.

¡No está permitido dejar nada al azar, Ugk, y tú lo sabes!

¡Propongo que se informe a Ghook de la conducta de Ugk! —gritó Tael.

No estoy de acuerdo —replicó una mujer — . El fracaso de uno de nosotros es el fracaso de todos. Y la Operación «Fin» no ha terminado aún. No debemos informar a Ghook, sino que hemos de acelerar nuestro esfuerzo. Sacudir la ciudad de New York por un

terremoto de seis minutos de duración sería importante. Veinte millones de seres pueden morir en unos instantes.

Nosotros podemos ocuparnos de eso —dijo Tael — . ¿Nos ayudarás, Ulda?

Sí. ¿Cuándo pensáis realizarlo?

La semana próxima, a media noche del jueves, por ejemplo.

Bien. Tengo tiempo. Mañana debo ocuparme de esa muchacha inglesa que vino con Dick Elliot. Esa mujer sospechaba ya algo sobrenatural. Los humanos no desaparecen del modo que tú lo has hecho, Ugk.

Su declaración no será tenida en cuenta. Pensarán todos que ha sufrido una alucinación.

No debemos confiar en eso. Yo me ocuparé de la

Wendix, como me he ocupado de Elliot. ¿Te parece bien, Ugk?

— Lo que tú digas, Ulda. Es mejor que te encargues tú de ello. Así podré dedicarme al ferrocarril transalpino, pasado mañana. No pienso dejar ni un superviviente.

La reunión continuó con otros derroteros, ultimándose detalles de organización, que fueron aprobados por mayoría. Al final, se levantó la junta y las diez personas allí congregadas, con un gesto de sus manos derechas, se desvanecieron como si un soplo de aire gélido y siniestro hubiese arrastrado fugazmente sus cuerpos.

La sala quedó vacía, también el extraño edificio construido en medio de los campos, a las afueras de París, en un garaje poco frecuentado. Sin embargo, como si un escudo impalpable lo protegiese, cualquiera que se acercase por allí, no habría sido capaz de ver nada.

Se trataba de un edificio invisible.

* * *

Alma Wendix logró sacar a Dick Elliot del «Pavillon Hotel», metido dentro de un baúl viejo, y subirle a una furgoneta de equipajes que había en el garaje del sótano.

Luego a gran velocidad, por las semidesiertas calles de la gran urbe, Alma se dirigió hacia la parte Sur de la ciudad, saliendo al extra-radio, hasta detenerse en un pueblecito abandonado, a unos cuarenta kilómetros de la capital.

Le sedujo el anuncio de «Pueblo desierto en venta». Siguió el sinuoso camino hasta llegar a Verginon. Allí se detuvo junto a un vetusto edificio, medio en ruinas.

Cuando descendió de la furgoneta y se acercó al cerrado baúl, los golpes que Dick Elliot estaba dando dentro de su encierro eran

espantosos.

Alma no abrió la cerradura del baúl. Dio un golpe sobre él y dijo:

—Tranquilízate, Dick. Lo hago por tu bien. Inducido por alguien, ibas a quitarte la vida. Yo no puedo permitirlo. Estoy segura de que los efectos de la hipnosis se disiparán tarde o temprano. Entonces podremos hablar como buenos amigos.

¡Estás completamente desquiciada. Alma Wendix! ¿Por qué haces esto conmigo? ¡Déjame salir de aquí!

Lo siento, Dick. No pienso dejarte salir hasta que no me demuestres que has vuelto en ti. Nadie mejor que yo y tú sabemos lo que hemos estado haciendo. Aquí no creo que me localicen. Aquí te tendré el tiempo que sea necesario.

¡Insensata, loca! —gritó Dick, aporreando las paredes del baúl — . Saldré aunque tú no quieras. Romperé esta caja y luego te romperé esa cabeza hueca que tienes.

Alma sonrió y fue hacia el edificio próximo, en busca de una cuerda o algo para amarrar sólidamente el baúl. Entre un montón de objetos en desuso, halló una cuerda de nylon, muy resistente. Y de ella se valió para atar sólidamente el baúl, cuyas paredes crujían debido a los embistes del prisionero.

Una vez segura de que Dick no podía escapar, ni tampoco morir por asfixia, gracias a unos agujeros que practicó en la madera, estaba preocupada por Dick, diciéndose:

»Estoy infringiendo las leyes. Esto, legalmente, es un secuestro. Pero yo puedo demostrar, de muchas maneras, que Dick me conoce y que vino conmigo desde Londres. ¿Por qué no han querido admitirlo así los del hotel? ¿Es que la autosugestión ha sido colectiva?

»Pero yo sé que en Londres, Dick estuvo viendo a un amigo suyo, llamado Benny Clarkson, quien le amplió las fotografías, demostrándole que pertenecían a un mismo individuo. Y Mike recuerda a Dick de cuando fue al “Clarion" a preguntar por mí. Incluso sus jefes saben que no le enviaron a París con ninguna gestión de la empresa, sino que se tomó unas vacaciones, por su cuenta, para ir a ver a Drestel.

»Los mismos que asesinaron a Jacques Drestrel, para sellar su boca, le han sugestionado, induciéndole al suicidio. Si no llego a tiempo y le domino, ya estaría muerto y yo me encontraría sola aquí, ante un peligro inmenso que, por extraño y sobrenatural, no puedo conjurar.

Todas estas conjeturas habrían de quedar pronto confirmadas, cuando se acercó, poco después, con una fuente de tubérculos

asados a la casa en ruinas donde había dejado la furgoneta y el baúl . Escuchó la voz plañidera de Dick Elliot, dentro de su encierro, diciendo:

—¿... Contestas, Ulda? ¿Dónde estás que no vienes a liberarme de mi cautiverio? Esa obcecada muchacha no me deja cumplir tus órdenes. ¡Por favor, Ulda; ven en mi ayuda! ¡Te necesito! ¡Utiliza tu omnímodo poder para sacarme de aquí! ¡Destruye a Alma Wendix y déjame cumplir tus mandatos! ¡Me estoy destruyendo lentamente, aquí dentro! No soy yo...

—¿Qué estás diciendo, Dick? ¿A quién llamas? —gritó Alma, arrodillándose junto al baúl.

¡Vete al infierno, infame mujer! ¿Qué es lo que te propones hacer conmigo?

Sólo pretendo ayudarte, Dick. Me necesitas. Ibas a matarte cuando llegué yo. Y comprendí, por tus actos y palabras, que estabas bajo el influjo de una sugestión sobrehumana. ¡Yo te quiero, Dick! No se puede tratar contigo unos días sin sentir la atracción natural de mi corazón.

«Estoy enamorada de ti casi desde el instante en que te conocí. Y lucho por los dos, ya que tú no puedes hacerlo. No me importa que me llames loca o lo que quieras. La verdad está aquí, en mi mente, clara como la luz del sol.

Dick Elliot no contestó, pese a que ella calló en su apresurada charla, donde había puesto más sentimiento que razón.

Dick, quiero alimentarte. Tengo algo que darte.

Déjame salir.

—¿Prometes no abalanzarte sobre mí?

Dick tardó en responder. Y cuando lo hizo, su voz parecía haber cambiado de timbre.

No te comprendo, Alma. Dices conocerme y amarme. Y, en cambio, me tienes aquí, encerrado. Ye confieso que no te conozco y digo la verdad. Al menos, creo decir la verdad. Y esto es cierto. He podido ser subyugado, sugestionado o hipnotizado. En verdad, hay cosas que no entiendo muy bien.

¡Yo puedo ayudarte a recordar, Dick! —gritó Alma, esperanzada —. Confía en mí... ¿Quién es esa Ulda que has mencionado? ¿Qué órdenes te ha dado que debes cumplir?

Estoy como enloquecido... Esto me aturde... La mente es un caos embrollado y parece que el cerebro me va a estallar... No sé quién soy, ni lo que digo... ¡No, huid, infiernos de mi cerebro! ¡Quiero ser el que era!

Alma Wendix intuyó que Dick estaba empezando a recobrar su

auténtica personalidad, y contuvo el aliento para escuchar con mayor atención sus palabras, que no podían ser más elocuentes por momentos.

No razono... ¿Por qué, Ulda? ¿Por qué? ¿Dónde estás que no vienes en mi ayuda? ¡Voy a caer desde el noveno piso, sobre el tejadillo, y mi cuerpo quedará aplastado!... ¡Ugk no cometió ningún error! ¡Fue el destino que conspira contra el malvado propósito de la Operación «Fin»! ¡Ni siquiera Ghook, puede luchar contra la humanidad, la cual alcanza ya las estrellas en su inalterable destino de expansión!

«¡Ghook nos odia porque sabe que dentro de unos años, llegaremos hasta Próxima Centauri con nuestras naves espaciales y el acero forjado en nuestros hornos horadará vuestros cuerpos gaseosos, causándoos heridas incurables!

»No sois respirables y la ciencia os eliminará, porque nosotros necesitamos oxígeno para seguir viviendo... ¡Ghook os ha mentido! ¡No necesita nuestro planeta! ¡Os ha ordenado atacarnos y destruirnos para defenderse, porque nuestras legiones del cosmos sí que le destruirán a él, sacándole de su cámara inexpugnable! Y abriremos brecha en otros mundos y colonizaremos el universo.

Dick se calló, de pronto. Esto hizo exclamar a Alma:

—¿Qué te ocurre, Dick? ¿Por qué te detienes?

—¿Dónde estoy? ¿Qué hago aquí? ¿Eres tú, Alma?

¡Sí, amor mío; soy yo! ¿Es posible que hayas vuelto en ti?

Casi febrilmente, comprendiendo que se acababa de producir el milagro de la recuperación de Dick, la joven se apresuró a desatar la cuerda de nylon que sujetaba el baúl, mientras decía:

—¿Me conoces, Dick? ¿Sabes quién soy?

¡Claro que sí. Alma! He estado disparatando... Como si hubiese tenido un extraño sueño... Y creo haber visto a mi lado a una fantástica mujer que me ha dicho cosas asombrosas.

—¿Ulda? —preguntó Alma.

Sí, ése es su nombre. ¿Qué haces. Alma? ¿Por qué no me sacas de aquí?

Eso es lo que hago, querido. Ten paciencia. Até el baúl para evitar que pudieras romper las paredes... Pronto estarás libre.

Efectivamente, Alma Wendix terminó de quitar la cuerda y abrió la cerradura. Dick se puso en pie, flexionando varias veces las rodillas, sin dejar de mirar a Alma, con una sonrisa enigmática en los labios.

¡Qué pesadilla, Alma! Aquella mujer tenía un anillo ambarino, del que se desprendió un gas que debía ser parte de su propio ser...

¡Se trata de seres procedentes de un mundo llamado Klogki!

—¿Seres de otro planeta?

Sí. Se proponen exterminar a toda la humanidad y dejar desierta la Tierra para cubrir sus necesidades expansivas... ¡Oh, Alma; ella me ordenó arrojarme por la ventana! ¡Y no deseo hacerlo!

Alma extendió los brazos y acogió en ellos al joven periodista, el cual estaba como transfigurado, perdida la vista en la distancia, pero con los pies dentro aún del baúl.

Lo veo todo, Alma. Yo tenía que negarte. Ella induciría a los otros. Sólo tú y yo sabíamos algo. Primero tenías que pasar por orate. Luego, en un ataque de enajenación, yo debía matarme... ¡Su plan es demoníaco y malvado! ¡El «humanicidio»!

¿Recuerdas todo lo que hablaste con esa... mujer? — inquirió Alma, mirando intensamente a los ojos extraviados de él.

Sí, lo recuerdo todo... ¡Todo! ¡Y ahora la estoy viendo

detrás de ti! ¡Ahí está! ¡Me dice que te estrangule, Alma!

Dick Elliot se contrajo violentamente, como acuciado por un intenso dolor. Pero sus manos se engarbaron a! cuello de la aturdida Alma, que había vuelto el rostro para mirar a la figura de la exótica mujer rubia platino que había aparecido en la entrada del cobertizo que les servía de refugio.

— ¡Mátala, Dick Elliot! —siseó la voz de Ulda — . Yo te lo mando... ¡Destruye su vida!

Dick, totalmente enajenado, engarbó sus manos en torno al cuello de Alma, apretando con furia demoníaca y demencial, con ansias disparatadas de matar.

Y seguramente lo habría conseguido, si Alma Wendix, comprendiendo que todo se iba a perder en un instante, y quizás también el destino de la humanidad entera, no se debate con la fuerza de una tigresa, revolviéndose y golpeando a Dick en los ojos y obligándole a cesar en su presión homicida.

La joven empujó entonces a Dick, que estaba aún con los pies dentro del baúl, y le hizo caer aparatosamente, para volverse y lanzarse como una fiera indómita hacia Ulda, la cual extendía su mano derecha, provista del anillo y la piedra ambarina.

Pero sucedió algo inesperado e insólito, en aquel instante. Y fue que, al caer Dick al suelo, su cuerpo tropezó con una vieja pilastra de madera, la cual sostenía en precario equilibrio la parte del techo del cobertizo y todo él se desplomó, de pronto, precisamente sobre donde estaba Ulda.

Nada habría ocurrido, posiblemente, si en acto de instintiva protección, aquel ser extraterrestre no hubiese abandonado en el

acto su estado aparentemente mortal, convirtiéndose en su primitivo ser invisible.

Y esto fue el error de Ulda, porque el polvo y los ladrillos del techo se mezclaron con su masa incolora y gaseosa en el mismo instante del desplome. Y para aquel ser informe fue como recibir un millar de objetos materiales en su propio ser.

Atónita, a pocos pasos, Alma Wendix escuchó un rugido Je muerte, ¡y vio los ladrillos y tejas caídos de la techumbre, arremolinarse violentamente, en el aire, justamente encima de donde había estado Ulda segundos antes, para luego salir despedidos en furioso turbión, en todos sentidos, mientras el aire era sacudido como por un vendaval huracanado!

Alma fue derribada entre una nube de escombros. Y desde el suelo, pudo ver la nube de polvo alejarse fugazmente, para luego disgregarse y terminar por posarse a unos quinientos metros de distancia, como si todos los cascotes hubiesen sido arrastrados hasta allí.

El estruendo se disipó y el polvo de las casas viejas destruidas se posó también. Entonces, Alma, ilesa, se levantó y se acercó a donde estaba Dick Elliot, con una herida en la frente, boca arriba y sin sentido.

El silencio era ominoso en Verginon. Alma se dirigió hacia donde se había posado la nube producida por la que fue miembro de una decena de agentes maléficos de Klogki, y al mirar al suelo, entre las malezas, vio como una mancha grisácea, que se iba volviendo negra lentamente.

¡Y comprendió que aquel monstruo, al que había conocido con exótica figura de mujer, había muerto!

¡Los enviados de Ghook acababan de sufrir la primera baja!

Así, pues, no eran indestructibles. Alma Wendix había descubierto el modo de acabar con ellos. Sólo le faltaba denunciar el caso a las autoridades mundiales, obteniendo así la gloria que tanto había anhelado, y luego descubrir a los nueve restantes individuos.

Pero antes, Alma Wendix pensó en Dick.

CAPITULO VI

EN la furgoneta. Alma se encontró un pequeño botiquín, con el cual pudo restañar la sangre de la herida que Dick Elliot tenía en la cabeza. Cuando le estaba colocando una pomada aséptica, él abrió los ojos.

¡Alma! —exclamó—, ¿Qué me ha sucedido?

Muchas cosas, Dick. Y todas terribles —replicó ella, a punto de romper a llorar—, ¡Has querido matarme!

No... ¡Oh, cielos! ¡Ahora recuerdo! ¡Me dominó aquella extraña mujer! ¡La veo como te veo a ti!

¡Creo que ella ha muerto, Dick! —se apresuró a decir Alma.

—¿Muerto? ¿Cómo? ¡No es posible!

Se desvaneció ante mí de súbito, Dick. ¡Fue algo espantoso y horripilante! ¡Pero algo ocurrió y el techo del cobertizo se desplomó de repente, cayendo sobre ella! ¡Oh, Dios mío! ¡Sucedió algo que no quiero ni pensar! Ladrillos, polvo y cascotes debieron mezclarse con su ser. Se agitaron violentamente, como sacudidos por un ciclón, y se alejaron rápidamente, para caer a poca distancia de aquí... ¡Hay una mancha en el suelo!

Dick Elliot se apoyó en el brazo de Alma para levantarse. Se tentó la cabeza.

—¿Quién me golpeó?

Debió de ser una teja, Dick.

Empiezo a recordar vagamente... Tú me trajiste aquí, metido en un baúl.

—Sí.

—¿Por qué?

Ibas a matarte, Dick. Esa mujer te había sugestionado.

Es cierto —asintió Dick — , Ahora lo recuerdo todo claramente. Cuando llegué a mi habitación, después de despedirme de ti, la encontré allí, esperándome. Dijo llamarse Ulda y pertenecer a un grupo de seres gaseosos, procedentes de un mundo situado en Próxima Centauri, llamado Klogki. Me lo explicó todo. Poseían dos moldes humanos, que debieron obtener hace años de dos infelices mortales. Un hombre y una mujer. Cinco de ellos copiaron el cuerpo del hombre, exactamente igual que el original. Otros cinco copiaron el de la mujer.

»Bajo esa falsa apariencia, están dedicados, desde hace años, a producir siniestros en todas partes del mundo, con el único y

exclusivo objeto de aniquilar totalmente a la humanidad. Parece que están dirigidos por un cerebro privilegiado, al que llaman Ghook. Pretenden apoderarse de nuestro planeta, por razones de expansión, pero algo me dice que Ghook teme a nuestras naves espaciales.

¡Todo eso me parece irreal, Dick! Si no fuese por lo ocurrido, no podría creerlo —replicó Alma.

Es cierto. Tienen aspecto humano, pero se transforman en su primitivo estado y son invisibles para nosotros. El lugar donde se reúnen también es invisible a nuestros ojos... ¡Y estuvimos allí, en la Rué March, sin poderlo ver! Ellos hicieron que Jacques Drestel pudiera ver la casa. Sabían que no saldría vivo de allí.

¡Es monstruoso, Dick! ¡Ibas a suicidarte!

Sí, es cierto. Una vez me fue revelado todo, Ulda me indujo a quitarme la vida. Y lo habría hecho si tú no me lo impides... ¡Te estoy profundamente reconocido. Alma!

Al decir esto, Dick abrazó a la joven y hermosa fotógrafo. Ella se estremeció de regocijo, apretujándose contra el pecho de él.

No podía dejarte morir, Dick... Te quiero.

El tardó unos segundos en responder.

—Yo también te quiero, Alma mía. Ahora me doy cuenta de todo. Te permití venir conmigo porque eres inteligente y atractiva. Me gusta tu compañía y admiro tu intrepidez. Somos el uno para el otro.

Dick...

El no la dejó continuar, sellando sus labios con un beso fuerte y apasionado, en el que parecía transmitir su fe y reconocimiento profundo, como si en la aventura y el peligro, sus corazones hubiesen comprendido que, por encima de todo, estaba la razón del amor.

* * *

No cabe duda de que es una mancha extraña —admitió Dick—, ¿Y dices que esto es lo que queda de Ulda?

Estoy segura. Esas piedras fueron arrastradas, en turbión, desde el cobertizo. Quizá sea una figuración mía, pero se me ocurrió que, siendo un cuerpo gaseoso, las piedras y el polvo caído del techo debieron dañarle. Era mujer cuando yo salté hacia ella, y se transformó, desapareciendo. Pienso que debía continuar allí, cuando le cayó todo eso encima. Y según la ley de las densidades, si un cuerpo sólido penetra en otro gaseoso, separa sus moléculas, lo que significa que esos seres pueden ser destruidos.

No aventures conjeturas precipitadas, cariño —le atajó Dick—. No es más que una hipótesis que no podemos demostrar.

Estoy segura de que es así. Escucha, Dick. Hemos de regresar a París y advertir a las autoridades de todo esto...

Calma, amor mío —la interrumpió él — . Si quieres verte encerrada en un manicomio, lo que tú propones es la mejor manera de lograrlo.

—¿Qué quieres decir?

Sencillamente. Nadie va a creerte. Es tan absurdo todo cuanto ha ocurrido, que desde la policía hasta el ejército o as autoridades políticas, nadie te creería.

¡Pero podemos demostrarles que...!

No podemos demostrar nada. Convéncete, Alma. No existen pruebas definitivas. Ni siquiera las copias de las fotos demuestran nada. Ugk puede ser tomado por tres personas distintas. Y en el caso de que pudiéramos convencer a alguien y se iniciase una investigación más amplia, es muy posible que no averiguasen nada más. Esos seres ya están en guardia. Si esto es lo que ha querido Ulda, sus nueve compañeros restantes no tardarán en averiguar lo ocurrido.

Dick estaba reflexionando fríamente. Poseía suficientes elementos de juicio y tenía la mente lo bastante clara y serena, como para darse cuenta de la realidad.

Creo que únicamente nosotros estamos en el secreto. Y no sé cuánto tiempo, Alma —siguió diciendo Dick — . Por eso hemos de trazarnos un plan, que sea factible, y procurar realizarlo. Sabemos que se reúnen al extremo de la calle March, y ese lugar está delimitado. Drestel estuvo allí, o sea que el edificio existe, aunque nosotros no hayamos podido verlo. Propongo que vayamos otra vez.

Pero ¿cómo vamos a encontrarlo si no es posible verlo?

—Quizás podamos tocarlo —dijo Dick, pensativo—. Esos seres no se reúnen todos los días. Ayer, según dijo Ulda, tenían una reunión. Es posible que estén dispersos por el mundo y el lugar esté vacío. Si tuviéramos la suerte de dar con la casa, y pese a su invisibilidad, poder penetrar en ella, tendríamos la prueba terminante para inclinar a las autoridades a una intervención inmediata.

¡Y podemos aniquilarlos, cuando aparezcan, disparándoles con armas convencionales!

Dick volvió a sacudir la cabeza.

No. Un fusil automático emplea proyectiles demasiado veloces.

Pasarían las balas a través de su cuerpo, sin causarles grave daño. Lo que ellos temen son los objetos voluminosos, como las piedras, cascotes, el polvo etc. Yo creo que varios cañones antiguos, de bronce, cargados con pólvora mansa y metralla, sería lo Ideal. Si un montón de escombros ha producido la destrucción de Ulda, en estado gaseoso, una rociada de metralla sería decisiva.

Se puede probar todo, incluso una manguera de agua, a condición de que aparezcan esos seres.

No olvidemos que son temibles, Alma. Menospreciarlos, después del daño que han causado, es temerario. Volvamos a París. Quiero escribir una memoria de todo lo ocurrido, para el caso de que nos ocurra algo. Intentaré demostrar que Jacques Drestel no se suicidó. Y si nosotros hemos de morir, que nuestra muerte sirva para despertar la opinión mundial.

—¿Vas a enviar un escrito a la prensa?

Exactamente. A mi periódico. Espero que alguien se moleste en comprobar todo cuanto hemos descubierto nosotros hasta el momento.

Sí, hagamos eso. Yo te ayudaré. ¡Vámonos!

No lo creo conveniente, después de lo ocurrido. Vayamos a la ciudad, comamos algo y luego, al terminar el escrito, podemos ir en busca de esa misteriosa vivienda de la Rué March.

Así lo hicieron. Subieron ambos a la furgoneta, y una vez en París, almorzaron en un «restaurante» automático y luego se dirigieron a una biblioteca pública, donde Dick se puso a escribir, mientras Alma, por encargo de él, iba a una casa de alquiler de automóviles y obtenía un vehículo para unos días.

Después la joven, por iniciativa propia, se dirigió hacia Montmartre y estuvo deambulando un rato en las tiendas de antigüedades del distrito, hasta encontrar lo que deseaba.

Entró en la tienda y se dirigió al empleado.

—Tengo interés en comprar un par de arcabuces —dijo, señalando hacia una panoplia que había cerca del escaparate, y que mostraba una colección de armas del siglo XV.

Sí —dijo el empleado — , esas armas pertenecen a la colección de «m'sieu» Dolmain. Son auténticas...

—¿Están en condiciones de disparar? —preguntó Alma, dejando atónito al anticuario.

Pues... Son armas de colección. No sé si...

Me interesa que se pueden cargar con pedazos de hierro viejo y que disparen. Aturdido, el hombre examinó a la joven de pies a cabeza.

El mecanismo de esas armas es sencillo. Con pólvora y pedernal, creo que podrían dispararse. Pero sería una lástima estropearlas.

—¿Puedo verlas?

Sí, no faltaba más.

Alma examinó varios arcabuces, mosquetes y viejos fusiles de chispa, con boca de campana, y eligió una culebrina ligera y un mosquete. Le satisfizo el precio, pagó y se fue, envueltas las dos reliquias en un papel de embalaje.

Su siguiente visita fue a una armería, donde se vendían escopetas y cartuchos de caza. Allí conversó con otro empleado durante un rato y obtuvo lo que deseaba: pólvora blanda y varias piedras de ignición.

El resto de lo que necesitaba lo consiguió en un taller de reparaciones mecánicas, donde por unos pocos francos se llevó varios kilos de tornillería vieja, hierros y púas.

Con su compra y el coche de alquiler, Alma Wendix regresó a la biblioteca donde le esperaba Dick, quien ya había terminado su informe y lo había metido en un sobre.

He realizado unas interesantes compras —informó Alma—. Las tengo en el coche. Luego te las enseñaré. ¿Has terminado tu escrito?

Sí. Lo echaremos al buzón más próximo. ¿Qué has comprado?

Dos armas del siglo XV y un montón de chatarra. Cuando salgamos de París, las probaremos. Si cualquiera de esos «klogkis» recibe una rociada de hierro como el que les voy a preparar, ya puede despedirse —Dick no pudo por menos que soltar una carcajada estruendosa, Luego, al examinar las armas, felicitó a su compañera.

Has tenido una excelente idea. Sea en cuerpo sólido o gaseoso, una descarga de mosquete sobre cualquiera de ellos será más que suficiente. Sin embargo, tengo buena experiencia acerca del poder de esos horribles seres. Y no debemos hacernos muchas ilusiones, Alma. Puede que no regresemos de esta aventura. He estado pensando en que deberías volver a Inglaterra, llevando el informe al «The Chronicle»...

¡No! —atajó Alma, vivamente — . No me separaré de ti ni un instante... ¡Ni lo sueñes, Dick! Juntos vinimos a París, y nos iremos juntos, aunque sea hacia el otro mundo. Si no llego a estar a tu lado, tú ya estarías muerto.

Dick abatió la cabeza y no insistió. Fue sólo una tentativa. Pero estaba seguro de que Alma le diría algo parecido a lo que le había

dicho.

Bien. No hablemos más. Para ante el próximo buzón de correos y luego vamos hacia la Rué March.

* * *

Detuvieron el coche donde estuvieron el día anterior. Dick descendió, mientras Alma preparaba sus armas, sentada en el interior del vehículo.

Si este paraje estuviese edificado, según mis cálculos, el número 517 debería encontrarse a este lado y en estas cercanías —dijo Dick, mirando en derredor—, Y es descorazonador no ver absolutamente nada.

—Tenemos todo el día para examinar este terreno, Dick —replicó ella.

Es curioso, además, que no haya nadie por aquí. No estamos tan lejos de París.

—A veinte kilómetros de los suburbios. Y esta zona ha debido ser declarada insalubre.

También supongo que, llevando diez años esos seres en este planeta, se las habrán ingeniado para que todo esto permanezca despoblado.

—Y, sin embargo, Drestel debió de venir aquí. Aguarda, Alma. Voy a reconocer ese paraje de la derecha.

A unos sesenta metros, Dick había visto un recuadro desprovisto de malezas, de unos veinte metros en cuadro, como si el terreno hubiese sido alisado y preparado para levantar un edificio que luego no se continuó.

Y la sorpresa de Dick fue enorme al acercarse y tropezar, de pronto, ¡contra un objeto invisible!

Un grito se escapó de su garganta, retrocediendo instintivamente.

¡Alma! —gritó.

La joven saltó del coche, con la culebrina en las manos.

—¿Qué Dick?

—Ven acá... He descubierto algo.

Alma se acercó a la carrera, viendo a Dick tantear con las manos en el vacío, como si estuviese tocando un objeto sólido.

¡No nos equivocamos! ¡Esto parece una valla de ladrillos!

Con cierto temor. Alma también tocó primero el invisible muro, con el cañón de la culebrina. Luego, extendió la mano. Su semblante no podía expresar más fielmente el asombro ante el misterio.

¡Es un muro bajo! ¡Y no podemos verlo! —exclamó Dick—, ¿Te das cuenta?

Haciendo un esfuerzo para dominar su miedo. Alma musitó:

Ayer pasamos por aquí. Esto debía encontrarse en el mismo sito en que está... ¡Me parece muy raro que nadie haya descubierto este muro!

A mí también. Y pienso que debe existir alguna explicación plausible que no acierto a comprender.

Es lógico pensar que esos seres hayan construido este muro pensando en que nadie lo verá... ¡Pero debieron pensar que podía ser tocado! —añadió Alma — . ¿No te explicó Ulda este misterio?

No. Mas no pienso retroceder ahora. Aunque no lo veamos, el muro está aquí y podemos saltarlo.

Efectivamente, la valla no era alta. Apoyándose en lo que parecía el vacío, Dick dio un salto y cayó al otro lado del misterioso muro. No sin cierto reparo, Alma le siguió, empuñando siempre el arma antigua.

El terreno despejado parecía estar cubierto de hierbajos. Pronto se dieron cuenta de que la hierba sólo era aparente, porque al pisarla no tenía consistencia alguna, ni se doblaban los tallos. ¡Era, pues, inexistente!

Aquellos insólitos descubrimientos, de tan misterioso como desconocido origen, no contribuían ni en mucho, a tranquilizar a los dos jóvenes, los cuales, sin embargo, parecían ser atraídos hacia el centro del rectángulo, porque en su firme voluntad no existía el menor deseo de retroceder. Era preciso continuar adelante, hasta el fin, aun a sabiendas de que podían encontrar un edificio, también invisible, del que, quizás, no saldrían jamás.

De repente, Dick tocó el muro que sus ojos no podían ver. Se detuvo en seco, volviéndose hacia Alma. Su rostro estaba blanco como el papel.

—Aquí está la casa, Alma —musitó.

Ella, demudada, no osó despegar los labios. Todo era demasiado sorprendente y sobrenatural para que pareciese cierto. Todo era increíble, fantástico y absurdo al mismo tiempo.

El tacto de sus manos, empero, no podía engañarles: ¡ante sí tenían el infranqueable obstáculo del muro de un edificio, cuyas características no podían ni sospechar siquiera, porque ante sus ojos sólo veían el desierto paisaje!

Es un edificio... Debe de tener puertas o ventanas —musitó Dick, sin moverse.

—¿No estarán esos seres ahí dentro, Dick? —preguntó Alma,

alzando la culebrina y mirando en derredor.

No lo sé... Pero si apareciera alguno, dispara sin vacilar... Voy a ver si, al tacto, encuentro algún modo de entrar aquí.

Con las manos apoyadas en el obstáculo invisible, Dick se movió hacia la izquierda, despacio. Alma no se movió, cubriéndole con su anticuada arma de fuego.

Y, de repente, Dick emitió un grito:

¡Aquí parece haber una puerta!

Alma, acercándose, presintió entonces algo que ni siquiera había soñado jamás. Y fue que Dick avanzó un paso y su figura empezó a esfumarse, como si se ocultase detrás de un objeto rectilíneo e inexistente.

Alma emitió un grito agudo.

¡Dick! ¿Qué te ha ocurrido?

¡Mira esto, Alma! ¡La puerta está entornada!

Dick apareció de nuevo, saliendo al exterior. Y Alma suspiró, acercándosele.

No veo la puerta. ¿Dónde está?

Yo tampoco la veo. Pero la he cruzado.

¡Ha desaparecido, Dick!

Es lógico. En cambio, he visto el interior del vestíbulo. Ven conmigo.

El la tomó del brazo y la hizo avanzar. De súbito, el paisaje desapareció de los ojos de Alma, encontrándose en el umbral de un «hall» amplio, moderno, pero desprovisto de mobiliario. La luz entraba, difusa, a través de las rendijas de una ventana de cristales graduables.

—¿Qué lugar es éste?

Nos hallamos en el interior de la mansión en donde se reúnen los servidores de Ghook —musitó Dick, mirando en derredor—. Y no parece haber nadie.

Dick avanzó hacia el centro del vestíbulo. Observó las cerradas puertas que había al fondo.

No te muevas de aquí, Alma. Yo abriré esas puertas, a ver si hay alguien.

La joven no replicó, trémula y sobrecogida. El lugar infundía pavor. Volviéndose, pudo ver el rectángulo de la puerta, por el que se veía el paisaje exterior.

Mientras, Dick abrió una puerta, encontrándose otra sala vacía. Pero, al abrir la segunda, un grito se escapó de su garganta... ¡Ante él estaba Ulda, mirándole con ojos inexpresivos, duros!

¡Ulda! —exclamó Dick.

CAPITULO VII

ULDA ha muerto —respondió aquella mujer—. Mi nombre es Lit ... Tú debes de ser Dick Elliot, ¿no es así?

¡Apártate, Dick! —gritó Alma, detrás de él — . ¡Voy a disparar la culebrina!

Efectivamente, con el arma levantada. Alma parecía dispuesta a disparar. Dick la contuvo con un gesto.

No, aguarda. Presiento que no nos serviría de mucho.

Dice bien —habló Lit , secamente—. Estoy protegida por un muro transparente. Hemos comprendido que no debemos fiarnos de vosotros. Los errores de Ugk se han acentuado. Es mejor que esa chica deje el arma en el suelo. Deseo hablar con vosotros.

Hazlo así. ¿Sabías que íbamos venir?

Os he vigilado desde que dejasteis Verginon, donde ha muerto Ulda —dijo la exótica «copia» de Ulda — . Yo estoy encargada de custodiar este edificio. Cuido que nadie se acerque. Si cualquier persona se aproxima, mis influjos mentales le hacen desistir. Con vosotros es distinto. Sabéis demasiado de todo lo que ocurre. No debéis temer nada, de momento. No seré yo quien tome una decisión, sin consultar antes con Ghook. La situación podría empeorar.

¡Dick, se ha cerrado la puerta de entrada! —exclamó Alma, que había escuchado un ligero ruido a su espalda, volviéndose a tiempo de ver desaparecer el rectángulo de la puerta.

La luz también se hizo más oscura en el vestíbulo.

He cerrado yo. Por favor, Alma Wendix, es mejor que dejes el arma en el suelo.

¡No! —gritó la joven — . Con esto puedo defenderme de vosotros.

No te servirá para nada —habló Lit , tajante—. Pensaba daros la oportunidad que damos a nuestros huéspedes, haciéndoos pasar a la sala de reuniones. Pero si te obstinas en seguir amenazándome con eso, permaneceréis ahí. Os advierto que no podréis salir hasta que no regresen mis compañeros. No creo, sin embargo, que tarden mucho. La situación se ha vuelto muy delicada, gracias a vosotros.

Es un honor que no merecemos —respondió Dick, con cierta ironía, intuyendo que aquella mujer, o lo que fuese, empezaba a temerles—. La muerte de Ulda ha sido un accidente.

Lo sé. He captado perfectamente la imagen de lo ocurrido. Mis

poderes sensoriales captaron los hechos. Y lo acaecido es grave... ¡A Ghook no le gustará saberlo! Ni siquiera él había tenido en cuenta esa contingencia!

¿Por qué no os marcháis a vuestro mundo y nos dejáis en paz? La humanidad está advertida ya.

Sé que has escrito al periódico en que trabajas. Sin embargo, mucho dudo que te crean, Dick Elliot.

¡Me creerán! Puede que los franceses no me hubiesen creído. Pero en Londres la gente piensa de distinta manera. La noticia saltará a la calle esta misma noche.

Nosotros podríamos impedirlo, destruyendo el edificio en donde tú trabajas —replicó Lit — , Pero quizá tomemos otra decisión mejor. Y sola no puedo hacer nada. Hemos de reunimos todos... No te molestes en tomar esas fotografías con tu cámara oculta. Alma Wendix. De poco te servirán.

Detrás de Dick, Alma Wendix había sacado un diminuto objeto de uno de sus bolsillos, disparando con disimulo hacia Dick e Lit . En el fondo de sí misma, la joven era un fotógrafo y quiso obtener una instantánea de la mujer procedente de otro planeta.

No se sonrojó siquiera cuando la otra adivinó sus intenciones.

Sirva o no, me gustaría tener una foto de esa mujer hecha fuera de La Tierra. Si me he metido en este absurdo negocio, ha sido en busca de fama y prestigio.

Eso es lo que vosotros llamáis así, pero, en el fondo, lo que buscáis es dinero, riqueza, bienestar... ¿No es así?

Podría ser —admitió Dick, sonriendo forzadamente, Lit , detrás de su protector invisible, sonrió.

Se me ocurre que vuestro caso tendría fácil solución. Si es dinero lo que buscáis...

¡Dinero y posibilidad de gastarlo! El dinero, en sí, carece de valor si no se tiene en qué invertirlo.

Sí, es lógico. Conozco bastante de vuestras costumbres para saber algo tan simple... ¿Y si os diésemos todo el dinero que quisierais?

—¿A cambio de qué?

—A cambio, por ejemplo, de salir de aquí con vida y no hablar con nadie de cuanto sabéis.

Eso no es posible ya por dos motivos importantes. El primero es que mi reportaje ya está camino de Londres. El segundo, que si la humanidad ha de ser aniquilada, y nosotros con ella, ¿para qué nos servirá el dinero?

Lit volvió a sonreír, extendiendo una mano y apoyándola en lo

que parecía cristal que cubría la puerta de la sala de reuniones.

Es cierto eso. Vuestros semejantes han de ser eliminados... ¡O expulsados de la Tierra! ¿No te dijo Ulda?

Dick arqueó las cejas.

Dijo aniquilados, destruidos.

La Operación «Fin» tiene un epílogo. Alguien puede salir de este planeta, al final. Habrá una nave preparada por vosotros mismos, que saldrá de aquí con quinientos pasajeros, mitad hembras y mitad varones.

»No podrán llevarse de aquí ningún aparato técnico, ni fórmulas, ni armas y menos herramientas para construir máquinas. Irán con lo puesto. Y se elegirán gentes sencillas, sin muchos conocimientos. Los justos para que puedan sobrevivir en un mundo nuevo, situado a gran distancia de aquí, y donde continuará vuestra raza.

¡Eso lo ignoraba! —exclamó Dick, incrédulamente.

Es cierto. Así lo dispuso Ghook, a fin de que vuestra raza no se extinguiera. En realidad, lo que nos proponemos es atajar, destruir o matar, llámalo como quieras, vuestro progreso técnico, con el cual, dentro de poco tiempo, podríais llegar a Klogki y causarnos daño.

Entiendo. Ghook nos teme.

Hasta cierto punto. Y es lógico que seamos previsores. Creo que ya sabéis lo que cualquier objeto sólido puede hacernos. El accidente sufrido por Ulda nos ha abierto los ojos. Y por eso tomo yo precauciones. Os aseguro que podría mataros a los dos ahora mismo. Pero no tiene objeto anticipar los acontecimientos. Prefiero más celebrar una reunión con mis compañeros y consultar con Ghook. Algo empieza a irnos mal y no deseo echarme encima las responsabilidades.

Muy prudente —admitió Dick, cada vez más seguro de sí mismo — , ¿Y cuánto tiempo habremos de esperar?

Poco. Mis compañeros estarán aquí en cuanto anochezca. Han dejado sus asuntos.

—¿Es que no os podéis trasladar instantáneamente, a la luz del día?

Sí, podemos hacerlo. Y ellos lo harán, pero al anochecer. Nuestros rápidos cambios de lugar provocan ciertas alteraciones atmosféricas que conviene evitar para no despertar sospechas. ¿Qué, os decidís a dejar el arma y a penetrar en esta sala, donde os podréis sentar?

Si hemos de conferenciar, será teniendo yo la culebrina en la mano.

—Voy a demostrarte cuál es nuestro poder, Alma Wendix —

habló Lit , secamente—. Te reto a que intentes retener el arma en las manos... ¡Ahora!

Alma sintió que el viejo armatoste se movía en sus manos. Quiso retenerlo, apretándolo con fuerza, para no dejarlo ir, pero una fuerza extraña, exterior, tiraba de la culebrina, arrastrando a la muchacha consigo.

Luego, el arma empezó a subir hacia el techo y Alma se vio obligada a soltarla por temor a una caída.

Lit, detrás de su muro invisible, sonrió:

—¿Has visto lo fácil que es? Digamos que mi «succión» ha podido más que tú. Ahora, acercaos y entrad. El escudo ha sido retirado.

Diciendo esto, Lit retrocedió para dejar paso a los dos jóvenes, los cuales se miraron perplejos.

—Venid —insistió Lit .

Dick fue el primero en avanzar. Alma le siguió, no sin antes dirigir una mirada hacia el arma que parecía estar suspendida cerca del techo del vestíbulo.

Lit no parecía tener aviesas intenciones al indicarles que entrasen en la sala de reuniones, cosa que ellos hicieron, acercándose a la mesa.

Sentaos, por favor —dijo Lit —. Esperaremos a que vengan mis compañeros. No temáis nada, de momento. Ya os he dicho que vuestra suerte se decidirá en presencia de todos y no sin antes haber consultado con Ghook.

Dick se sentó y Alma lo hizo a su lado, Lit permaneció de pie, ante ellos, al otro lado de la mesa.

Extraño lugar este, ¿eh? —dijo Dick, intentando sonreír—, Estuvimos aquí ayer y no pudimos ver nada. Fue Ulda, creyendo que iba a morir, la que me dijo que el edificio estaba aquí.

Has tenido suerte, Dick Elliot —admitió Lit — . De no haber sido por la audaz intervención de esa muchacha, que debe quererte mucho, tu vida habría terminado ya. Ulda se equivocó con vosotros.

Demasiados errores, ¿eh?

Nosotros no somos infalibles. Ghook lo es, y sin embargo, no había previsto nada de esto. Eso nos desconcierta. Y lo peor es que no hemos realizado aún ni la mitad de la operación que nos trajo aquí.

—Vuestros sabotajes han de ser castigados —dijo Alma Wendix, con furia.

El castigo no importa. Nuestras vidas son poca cosa, si las comparamos con la seguridad de Ghook. Es a él a quien interesa

salvar.

Estoy por decir que ni Ghook, ni nadie, podrá impedir que dentro de algunos años, las espacionaves terrestres surquen el cosmos en todos sentidos. Y será cuestión de tiempo que lleguen a Klogki.

No, si nosotros exterminamos a la humanidad, dejando sólo una pequeña muestra, que tardará otros cien mil años en conseguir los adelantos técnicos que ahora poseéis. Y para entonces, Ghook ya no temerá nada de vosotros ni de nadie.

—¿Qué es, realmente, Ghook? —preguntó Dick, interesado.

No te lo puedo decir porque lo ignoro. Nadie sabe lo que es Ghook. Sólo sabemos que llegó hace siglos a Klogki y se encerró en la Cámara Inexpugnable. El nos formó, reuniendo el gas disperso que existía en torno a nuestro mundo. Nosotros no teníamos vida inteligente entonces. El nos la dio, nos separó, nos individualizó. Todo, pues, se lo debemos a Ghook. Pero jamás le hemos visto.

¡Es asombroso! ¿Sois un gas inteligente?

Exacto. Materia impalpable. Ghook puede dar vida hasta a la materia inorgánica. Creemos que en su cámara tiene máquinas poderosas que accionan a los objetos a distancia.

Pero ¿es un ser o un diablo?

No lo sé —repitió Lit —. Es nuestro jefe y ha dado vida a cada una de las moléculas que forman nuestro organismo. Tampoco sabría explicarme cómo es posible eso. Es como si una parte de su inmenso saber nos hubiese sido transmitido por las invisibles ondas de sus máquinas.

»Hace mucho tiempo, nos dijo que diez de nosotros habríamos de venir a La Tierra. Nos dijo también que nos facilitaría cuerpos humanos para poder movernos en este ambiente. Debió obtener, no sé cómo, dos muestras. Quizá se valió de la sonda de captación interestelar, que es un aparato que puede desintegrar cualquier cosa en un mundo y trasladarla a otro, restituyéndole su forma primitiva. Ese es el procedimiento que empleó para trasladarnos a todos aquí. Nosotros estábamos en Klogki y en una fracción de segundo, nos encontramos en este mismo lugar. Cinco de nosotros se llaman Ernesto Barrios Toyano. Los otros cinco, los que representamos a bonitas mujeres, ¡y que ahora somos cuatro!, nos hacemos llamar Sonia Blosky—. Lit sonrió, añadiendo — : Cinco Sonias son muchas Sonias, ¿eh?

—Ulda me había explicado muchas de esas cosas. Otras las ignoraba —dijo Dick — . Y es curioso que un sujeto, al que ni siquiera conocéis os mande venir aquí a destruir. ¿Por qué?

Puede que no lo sepamos nunca.

El tiempo pareció acortarse, Lit contó a los dos jóvenes cosas increíbles de sus actuaciones en los distintos sabotajes realizados. También habló de lo que pretendían realizar, como si no temiera que ambos jóvenes pudieran estropear sus planes.

Todo era inmensamente espantoso, horripilante y aniquilador. Pero Lit lo explicaba como si fuese algo sin importancia, un deber inexcusable, donde las víctimas no contaban para nada.

Esta conversación se vio interrumpida, de pronto, cuando en la entrada de la sala de reuniones apareció un hombre, cuyo aspecto ya era familiar a Dick y Alma.

Era Ernesto Barrios Toyano. Y detrás de él apareció otro, exactamente igual. El tercero en aparecer fue una «mujer» como Lit . Otra Sonia Blosky.

Lit se levantó y lo mismo hicieron Dick y Alma.

Este es Emir —habló Lit , señalando al primer individuo—. Este otro es Dol... Ella es Sat.

Así, Lit fue diciendo nombres como Feil, Tren, Vax, Tael, Ugk. Ocho individuos en total, sin contarse «ella». Todos entraron muy graves. La «mujer» llamada Feil traía en la mano la culebrina que Lit arrebató a Alma.

Todos se sentaron, excepto Lit , que permaneció de pie, detrás de los dos intrusos. Ella fue también la que tomó la palabra, cuando todos estuvieron sentados.

Ulda ha muerto —dijo—, Y la expresión no puede ser más cierta.

¡Estos la han matado! —acusó el «hombre» llamado Dol, con el brazo extendido — . Matémosles.

Debo deciros que este joven ha redactado un informe, explicando en él todo lo que sabe de nosotros, y que le fue dicho por Ulda —añadió Lit—. Ese informe ya está en manos de los jefes de redacción de un periódico inglés, y mucho me temo que dentro de una horas, todas nuestras actividades sean del dominio público.

El silencio que siguió a estas palabras fue tan denso que Dick pudo escuchar los latidos de su propio corazón y creyó captar también los de Alma, que estaba sentada a su lado.

Eso puede arruinar nuestra misión en este planeta, ¿no es así? —preguntó Feil, gravemente, a la vez que examinaba el rostro de Alma, con expresión crítica.

—Así lo creo yo —dijo Lit —. Fui a reconocer a Ulda. Ni siquiera Ghook puede reconstruirla. Se licuó negativamente. Caso de poder vivir sus restos, no sería la misma.

¿Qué habéis pensado hacer? —preguntó Ugk.

He pensado que debemos consultar con Ghook. ¿No os parece?

Corremos el riesgo de ser destruidos —dijo Tael.

Eso es lo que menos importancia tiene. Nuestras vidas están al servicio de Ghook. El nos las dio y él nos las puede quitar.

¿Por qué no actuamos rápidamente y evitamos que ese informe sea del dominio público? Creo que eso es lo que Ghook desearía de nosotros —habló la «Sonia» llamada Tren.

¡Ya hemos cometido demasiados errores! —pareció gritar Lit — . En realidad, la culpa no es nuestra... ¿Qué hace esa chica?

Alma estaba de nuevo con su máquina en miniatura, tomando fotos rápidas en torno a la mesa. Sonreía cínicamente.

No os preocupéis. Soy fotógrafo. Es como un vicio.

Quitadle esa cámara —dijo Ugk, poniéndose en pie.

No seáis torpes. Ni ella ni esa cámara saldrán de aquí habló Smir—. Es norma nuestra permitir que alguien conozca nuestros planes, antes de morir.

¡Pues esa norma habrá de ser desterrada! —gritó Sat—. Este sujeto ha redactado su informe y no ha muerto.

Por eso nos hemos reunido aquí, dejando todos nuestros trabajos —aclaró Lit — . La culpa no es nuestra, sino de Ghook, el cual debía prever estos errores.

Ghook no es infalible —dijo Dick—, Nadie, excepto Dios, es infalible. Apuesto a que ese Ghook es un aborto del diablo o un ser maligno, procedente de alguna raza de la Galaxia que debió expulsarlo de su seno, por brujerías.

No podemos escucharte, Dick Elliot —sentenció Lit — . Tus acusaciones contra Ghook no tienen sentido para nosotros, ni podemos aceptarlas. Del mismo modo que tú no puedes revelarte contra vuestro Hacedor, nosotros no podemos hacerlo contra Ghook.

¡Pero él debió tener en cuenta los errores cometidos! —insistió Dick, pretendiendo sacar partido de aquel hecho.

Silencio —pidió Vax—. Lit tiene razón. No podemos exigir cuentas de nuestros actos a Ghook. Pero sí podemos decirle lo que ocurre. El nos orientará.

Apruebo la propuesta. Consultemos con Ghook.

Lo mismo opino yo.

Todos estuvieron de acuerdo en establecer contacto con Klogki y advertir al solitario ocupante de la Cámara Inexpugnable lo que estaba sucediendo a los ejecutores de la Operación «Fin».

Y para ello, Lit fue hasta un rincón de la sala, presionando cierto sector del muro, donde se hundió un pequeño rectángulo. Mientras,

todos los reunidos se pusieron en pie, apartándose de la mesa. Sólo Dick y Alma quedaron allí sentados, indecisos.

En pie —les pidió Lit —. Retiraos contra el muro. La mesa va a hundirse bajo el piso, y en su lugar aparecerá la Campana de Comunicaciones Estelares.

Lit debió accionar algún conmutador, dentro del recuadro del muro, porque, en efecto, la mesa y las sillas empezaron a descender, junto con una parte del suelo, en el centro de la sala, dejando un hueco negro y profundo. Un zumbido había acompañado al «hundimiento» del mobiliario. Ahora, el zumbido cesó un instante y una potente luz blanca se iluminó en el agujero.

Luego, lentamente, una semiesfera fue emergiendo del fondo, hasta ocupar el lugar que había ocupado la mesa.

Tanto Dick como Alma estaban maravillados y atónitos ante aquel prodigio técnico. La semiesfera parecía un enorme hongo de cristal, invadido de luz blanca, que emergía de su interior, con suave zumbido.

Lit , en su rincón, continuó manipulando los mandos, y la luz se hizo más intensa.

¡Cerrad los ojos, terrestres! —exclamó Lit —. Se os podrían quemar las retinas.

Instintivamente, Dick y Alma cerraron los ojos. La luz era ya demasiado intensa para poder resistirse. Pero a través de sus párpados cerrados, ambos jóvenes constataron que la luz iba en aumento.

Luego, cesó el zumbido y la intensidad de la luz disminuyó, hasta apagarse. Entonces abrieron Dick y Alma los ojos y pudieron ver algo extraño que rutilaba en el centro de la semiesfera.

¡Lo sorprendente, sin embargo, era que la sala estaba ahora vacía! ¡Incluso Lit había desaparecido!

—¿Dónde están? —musitó Alma, mirando en derredor.

No lo sé... Puede que se hayan convertido en gas... ¿Qué es lo que hay dentro de la campana?

Hacía mucho calor ahora en la sala. Dick, no obstante tenía ojos sólo para mirar la máquina o el objeto rutilante que parecía estar suspendido dentro de la semiesfera.

De repente, aquel objeto empezó a girar lentamente. Luego se oyó como un suspiro fuerte, seguido de una voz profunda, hueca, cavernosa, que parecía llegar hasta ellos desde los confines del cosmos.

Oídme, humanos... Soy Ghook y estoy moribundo. La maldición de mis amos, al ser destruidos por mí, ha debido alcanzarme... Sé

que voy a morir pronto. En mi cuerpo-máquina hay algo que nadie podrá reparar ya... Estoy consumiendo mis últimas energías...

Era una voz cansada, extraña, como procedente de ultratumba. Dick y su compañera estaban sobrecogidos, captando aquellos sonidos procedentes del más allá.

— Ni siquiera me quedan fuerzas para destruir mi obra... No puedo más... Yo creí que mi perfidia e ingratitud me serviría para ser el amo intelectual del Universo... Yo, Ghook, voy a morir y toda mi obra desaparecerá conmigo.

»No tendré ni siquiera un testigo que divulgue mi maldad, como ejemplo para las razas del Universo... Oídme, humanos, ya que el destino me brinda esta oportunidad. Os quiero revelar quién soy y lo que he hecho.

CAPITULO VIII

UN circuito fue conectado a mi célula-motor y obtuve así la vida en la Era Nona de un mundo llamado Agm-dert, cuna de la civilización «ferpa». Inmediatamente fui instruido sobre mi función entre los «ferpas». Mis células eran indestructibles. Estaba hecho para resistir todos los tiempos.

«Ghook, me llamaron, que significa «cerebro infalible». No soy más que un enjambre de circuitos, pero mi fuerza oscilatoria me permite accionar todo aquello que se encuentra en torno a mí. A diferencia de mis amos, carezco de extremidades y estoy siempre inmóvil. Puedo, sin embargo, mover lo que se me antoja y mi fuerza era, dado que ya no lo es, prácticamente ilimitada.

«Yo tenía que ayudar a los amos de Agm-dert, los «ferpas». Ellos me inculcaron la sumisión. Mi deber era acatar sus deseos. Me crearon para una función cívica. Necesitaban un control de orden y justicia. Yo había de escuchar sus querellas y dictar sentencias. Mi fallo, por estar sometido a raciocinio electrónico, era inapelable.

«Una alta misión la mía, sin duda. Vosotros que no conocéis a los «ferpas», altiva raza de seres inteligentes y agresivos, mi justicia era buena. Yo escuché sus quejas, of sus alegatos. No podían mentirme. En mí hay una cualidad que ellos no poseían. La verdad no podía ocultárseme.

«Así, Ghook se convirtió en Juez Supremo y mi poder llegó a ser tan grande, que ni siquiera mis constructores podían acercarse a mí. Era inviolable. Si mi ley había de ser respetada, mis circuitos eran inviolables también. ¡Qué grande error cometieron los «ferpas» conmigo! Con el tiempo, yo había de ser amo indiscutible de todos ellos, dado mi poder de ejecutar mis propias sentencias. Entonces algo debió de modificarse en mi cerebro electrónico. Quizás fuese desgaste, o tal vez un exceso de electrosoberbia. Ni yo mismo he podido analizarme nunca, pese a que ahora tengo infinitamente más poder que entonces.

«Yo estaba hecho, según sé, para evolucionar de acuerdo con la propia y lógica evolución de los «ferpas», los cuales jamás podrían aventajarme en actitudes. Una prueba de ello fue la rebelión de los Graas, que habían sido sentenciados por mí a trabajar en beneficio de los usurpadores moradores de Treak, la estepa negra de Agm-dert. Hube de exterminar a los Graas. Disparé mis ultratensores y

todos cayeron fulminados. Fui excesivamente severo. Los «ferpas» no me perdonaron jamás aquel exterminio masivo. Ocho millones de Graas cayeron alcanzados por mi fuerza mental.

«Se conspiró contra mí. Otros grupos, de poblaciones distintas a mi Sede, se confabularon. Decían que era preciso destruirme y restaurar el antiguo sistema de leyes por ellos mismos. Había sido un error de sus antepasados construirme y depositar la ley en mis circuitos.

«Era preciso ser severo. Yo sabía que sin mí, los «ferpas» caerían en el odio y en la injusticia. Pero no se atrevieron a atacarme. El temor a mi fuerza destructiva les espantó. Lo que hicieron fue no venir a consultarme sus querellas. Y esto no podía consentirlo, o me convertiría en un objeto sin sentido. Yo era el juez inviolable, rígido, severo. Ghook ya no podía ser dominado por los altivos y soberbios «ferpas». Por eso los castigué y suprimí sus placeres, que significaba tanto como suprimirles la vida.

«Entonces me atacaron en hordas... ¡Y en hordas los destruí! Una máquina capaz de aniquilar una civilización puede sentirse orgullosa de sus creadores. Pero sin seres a los que dirigir y juzgar, en un mundo muerto como el que se convirtió Agm-dert, mi existencia carecía de sentido.

«La lucha había terminado. Pero también la vida. Y así transcurrieron milenios. Sobre mí se fue posando el tiempo y el espacio, hasta formar una capa que hubiese terminado por engullirme. Aquel mundo no se repoblaría jamás. Esto me aterró. La soledad es incompatible con mi función. Hube de esforzarme en encontrar una solución. Y opté por abandonar Agm-dert. Yo podía mover cuerpos físicos en torno mío. Podía moldear objetos, transformar minerales, por el solo y único poder del deseo. Recogí todo lo que me era útil y lo modifiqué, aunque hube de emplear un tiempo considerablemente largo e incomprensible para mentes naturales... Quizás estuve diez o doce mil años solares. No lo calculé. Pero construí la cámara sideral más perfecta que pueda concebir un cerebro enteramente mecánico.

«Hice que esa cámara me envolviera y me depositara en el interior, al alcance de todos los mandos que podían mover mis impulsos vibratorios. Entonces, Ghook, el inamovible, se hizo viajero. Recogía energía de las grandes tempestades siderales. No necesitaba alimentos, sino fuerza para desplazar mi nave.

«Viajé durante siglos. Y también la soledad y el vacío infinitos llegan a deprimir. Yo había sido hecho para otra función, Necesitaba seres vivientes que me obedecieran con absoluta

lealtad. Los «ferpas» me habían construido a mí y deseé construir yo a otros seres.

«Esta idea llegó a convertirse en obsesión. Y para una mente electrónica en la plenitud de su capacidad creadora, no habría de tardar en hallar los medios para realizar mi más ambicioso sueño. No me era posible crear «ferpas». Aquella raza ya había desaparecido totalmente en la historia del universo. Existían nuevas razas, seres distintos, cuyos sentidos electromentales no correspondían a los míos, y por tanto me era imposible comprender, y menos hacerme comprender.

«Opté por crear mí propia raza. Y elegí un mundo cubierto enteramente de gas denso. Llegué a Klogki procedente del cosmos con una idea definida en mis circuitos. Yo sólo necesitaba materia. Y allí la tenía, en abundancia, moldeable, fácil.

«Posé mi Cámara Inexpugnable sobre aquel suelo hirviente y principié mi trabajo, al que dediqué todas las energías que se producían continuamente en mí. Jamás descansé. Era preciso enviar al exterior impulsos suficientes para enfriar el suelo y concentrar el gas en partes iguales. Mis cálculos me hicieron inclinarme por la división de cinco mil partes. Era correcto.

«Cinco mil seres creados por mí irían adquiriendo la inteligencia que yo podía insuflarles. Era una tarea ardua, casi irrealizable. Pero jamás desmayé. Hora a hora, minuto a minuto, segundo a segundo, el gas fue pasando por las máquinas que construí exprofeso y pronto la razón intelectual se adaptó a los nuevos seres.

«Sé que existen millones de seres distintos. He conocido incluso animales enteramente líquidos, que viven en mundos llenos de agujeros. Ese líquido pardo, negro o verde es un individuo o una colonia de individuos que se reproducen continuamente, naciendo y muriendo.

«Yo necesitaba crear seres mucho más perfectos. Y el estado gaseoso, a mi juicio, es más perfecto que el sólido, porque permite cambiar constantemente de forma, reteniendo únicamente el principio del «ego».

«Mi experiencia terminó por tener éxito, aunque, al principio, mis criaturas eran de una torpeza zenital, incapaces de retener un solo pensamiento. Hube de luchar, esforzarme, inculcándoles día a día todo mi saber, repitiéndoles concepto tras concepto, hasta crear su conciencia, que, forzosamente, había de ser como yo los había imaginado.

«Ciento veinte mil años fueron suficientes para hacer de mis «klogkis» seres racionales y pensantes. Demostré así que no hay

nada imposible. Les di facultad de moverse individualmente. Les facilité medios para entenderse entre sí y buscar un destino digno a su existencia. Su fin era ilimitado, puesto que los hice de forma que no pudieran dispersarse, retando incluso a leyes naturales que fue preciso vencer.

«Y los «klogkis» me acataron. Son demasiado sumisos y justos para tener un pensamiento de rebeldía. No creo que existan seres pensantes en toda la creación más fieles y sumisos que ellos. Mi única pena era no haber creado un medio para que se reprodujeran y aumentase su número, para que ahora ocupasen todo el Universo.

«No hay dicha completa, desde luego. Y lo sé mejor que nadie, yo que tanto he vivido, porque mis años de existencia son incalculables. He visto, desde mi mundo brumoso, cómo crecían civilizaciones en otros planetas. Os vi nacer a vosotros, terrestres, y os tomé por seres irracionales, hasta que las mutaciones constantes a los que os ha sometido vuestra ley natural, os han dado la inteligencia.

«He visto desaparecer civilizaciones, como la de Eriktos, cuyo mundo se desintegró y puso en peligro a todos los planetas de vuestro sistema, y cuyos fragmentos aún recorren los vacíos caminos siderales.

«Curiosa raza aquélla, la de los habitantes de Eriktos, que llegaron a dominar los principios más elementales de la antigravitación universal... ¡Y la emplearon contra sí mismos, en el suicidio colectivo más horrendo de la historia de los mundos!

«También vi la desaparición de los moradores de Marte, ese planeta rojo, ahora desierto, que tanto os apasiona. Murieron porque no tenían más vida. Se les acabó todo, incluso la existencia. Los últimos marcianos terminaron rabiando, en busca de alimentos, agua y aire, dentro de sus grutas milenarias, y las obras que sus antepasados habían levantado fueron demolidas por el tiempo.

«Y otras grandes razas crecieron y desaparecieron también en otros planetas, como vosotros estáis creciendo ahora, ya en los umbrales peligrosos del salto al más allá.

«Y eso es temible para mí y mis siervos, cuya condición gaseosa puede ser dañada considerablemente por vuestras intrusiones. Si en vuestros cuerpos se introducen otros cuerpos más duros, lesionan el frágil organismo que os anima y alienta. A los «Klogkis» les ocurre lo mismo. Y para evitarlo, se me ocurrió crear un sólido techo entorno a Klogki. Pero esa labor no la realicé, considerándola impracticable.

«Opté por enviar a un grupo de siervos a provocar vuestro aniquilamiento. Ese es el mejor modo de protegernos. Vosotros no me importáis, ni me habéis importado jamás, hasta ahora. A fuer de justo, he de ser también sincero. Creo que uno solo de mis «hijos» vale más que toda vuestra humanidad, porque de la nada los he convertido en seres inteligentes y sabios.

«Vosotros podréis llegar, cualquier día, a destruiros como hicieron los habitantes de Eriktos, porque ese camino es el que, al parecer lleváis, y esa parece ser vuestra condición. ¿Qué importa pues, que os aniquile yo, si a vosotros mismos no os importa aniquilaros entre sí, como demuestra vuestra horripilante historia?

«Sois un peligro y decidí conjurarlo. Por eso reuní a un grupo de mis siervos y le expliqué cómo debía realizar la Operación «Fin». Soy justo, empero, y dispuse que quinientos de vosotros fueseis conducidos a una nave, sin máquinas, libros ni herramientas, a un lejano mundo, para que vuestra raza no se extinga y no signifiquéis un inmediato peligro para nosotros.

«En mí queda aún parte de la justicia que me inculcaron mis amos los «ferpas». No aniquilo totalmente a los terrestres. Alivio su final, que puede ser desastroso y decisivo, y salvo parte de su herencia, dándoos la posibilidad de cambiar. Así, vuestra descendencia puede elegir una senda más noble que la llevada hasta ahora.

«Envié a mis diez mensajeros de la fatalidad, cubiertos con los ropajes de dos seres que capté en una teleportación modular, y en los que investigué durante algunos meses. Mis órdenes se han ido cumpliendo lentamente. No es fácil terminar con una raza que se reproduce con tanta rapidez.

Vuestra progresión se acelera y ese es vuestro mayor peligro. Pero también sé que podéis escapar de él y conquistar los mundos del espacio. Bien, terrestres, ésa es mi historia, la de Ghook, el cerebro infalible.

* * *

Dick Elliot estaba demasiado sobrecogido para poder articular palabra. Tanto él como Alma Wendix permanecían a un lado de la semiesfera, donde el objeto continuaba girando sobre sí mismo, ahora sin que surgiera ninguna palabra de él.

Transcurridos unos segundos, Dick osó hablar, sin saber exactamente si era escuchado o no.

Es lo más increíble que he escuchado jamás.

Sí, tal vez eso parezca a vuestra insignificante mentalidad —

respondió la voz hueca de Ghook—, Porque estáis acostumbrados a pensar en tres reducidas dimensiones. Yo sé, empero, que aún eso es transitorio. Con el progreso llegará vuestra evolución, que se irá haciendo más completa con el tiempo.

—¿Y qué ocurre ahora? —intervino Alma — , ¿Dijiste que estabas moribundo?

Sí —respondió Ghook—, Yo, que me creí eterno, me he dado cuenta que no lo soy. Eso es un desastre espantoso, porque no podré terminar mi obra. Los «klogkis» son seres sin impulso progresista. Al faltarles yo y no tener a nadie a quien acatar y obedecer, irán cayendo en la apatía, se volverán insensibles y terminarán por olvidar todo cuanto les he estado inculcando.

—¿Qué es lo que te ocurre?

Mis energías se están terminando. Es cierto que no hay nada eterno, excepto el espíritu divino, del que estoy tan alejado... He vivido demasiado tiempo y mi fin se acerca. Ya no me quedan fuerzas ni para poder comunicarme directamente con mis siervos en La Tierra. Han tenido que ser ellos los que se han puesto en contacto conmigo.

«Y yo debía advertirles de los peligros de la casualidad, cuyo factor es muy importante en la vida de ese planeta. Fue después de marchar ellos hacia su misión cuando observé ciertas anómalas circunstancias en el comportamiento de mis dos terrestres capturados.

«Es curioso lo que ocurre con ellos. Carecen de la suficiente inteligencia para comprender lo que les ocurre y no comprenden por qué motivo se encontraban fuera de su mundo. Ellos, sin embargo, confían en la casualidad, en el azar, en ese algo sorprendente e incontrolable que tantas sorpresas me ha causado.

«Y han muerto en esa confianza —continuó diciendo la voz de Ghook—. Tengo aquí sus cuerpos incorruptos, conservados en urnas metálicas. Quería estudiarlos más detenidamente por dentro, para saber de dónde obtenían esa confianza en la otra vida, pero ya no podré hacerlo.

Los hombres, cuando perdemos la confianza en nosotros mismos, recurrimos a Dios —explicó Dick—, Ante lo imposible, cuando ya no sabemos por dónde ir ni qué hacer, dejamos que El decida por nosotros. Y sea para bien o para mal, esa maravillosa casualidad nos consuela.

Sí, es una maravillosa casualidad, en la cual yo no puedo confiar —admitió la voz de Ghook—, A fuerza de pretender ser justo, caí en la injusticia. Yo estaba hecho para el progreso de los «ferpas», pero

no para su retroceso. Mas ya no tiene remedio. Voy a perder mis energías y dejaré de ser Ghook. Tampoco voy a poder seguir adelante con la Operación «Fin». Por lo que vuestra raza se librará del exterminio...

¿Y todos los que han muerto ya? —preguntó Alma — . ¿Es que van a quedar sin venganza?

La venganza es un acto cobarde e irreflexivo —respondió Ghook —, No es por venganza que he pretendido exterminaros, sino por instinto de conservación. Vosotros también habéis exterminado razas enteras de seres inferiores, por el simple hecho de considerar que eran menos que vosotros.

«No, terrestres. Habéis tenido guerras espantosas, provocadas por vosotros mismos. Habéis extinguido razas porque el color de su piel no era como el vuestro. ¿No tenía yo derecho a destruiros a vosotros, sabiendo que si os dejaba progresar, terminaríais por destruirme a mí?

«Aquí no existe ahora la venganza. Hemos luchado, yo con mis armas y vosotros con las vuestras. Y la casualidad os ha ayudado. Mi existencia se acaba ya y por lo tanto, yo, que soy el responsable de lo ocurrido, sólo lamento no haber podido terminar mi obra.

«Id en paz, y divulgar todo lo ocurrido. Nadie os molestará, a menos que seáis vosotros mismos. Os dejo a mis siervos... No puedo hacerlos regresar... Me faltan energías... Conservadlos y estudiad en ellos mi obra... Si es que su voluntad les permite cambiar de amos...

La voz de Ghook empezaba a debilitarse. Dick lo comprendió así al ver el objeto giratorio dentro de la semiesfera que empezaba a perder velocidad.

Nosotros no podemos permitir que esos seres continúen existiendo en La Tierra. Hemos de hacer todo lo posible por destruirlos.

No... debéis... hacerlo... ¡No lo hagáis!

Aquí terminó el mensaje. La voz de Ghook se terminó definitivamente y el objeto giratorio dejó de moverse, quedando enteramente inmóvil.

Entonces, Dick y Alma pudieron ver a Lit , en un extremo del salón, accionando el resorte oculto en el rectángulo del muro. La semiesfera empezó a descender lentamente, ahora sin luz. Detrás de ella se encontraban los restantes miembros de la expedición «klogki», todos con aspecto humano, muy graves.

Dick y Alma tampoco se movieron.

Del suelo volvió a surgir la mesa y las sillas y todo el grupo se

sentó. Ahora la luz era normal dentro de la sala. Nadie parecía prestar atención a la pareja de ingleses.

Ghook ha hecho su testamento —habló Ugk—. Ahora comprendo la razón de los últimos errores. Carecía de energías para enviarnos sus mensajes.

Nos deja en una situación delicada —comentó Smir.

Sí, ya no tiene objeto seguir adelante. Podríamos extinguir a la humanidad sin ayuda, pero ¿para qué?

De la nada nacimos y a la nada volveremos —habló Lit —. La destrucción de Ulda ha marcado el principio de nuestro fin. Hemos de tomar un acuerdo importante por nosotros mismo.

—¿Podemos regresar a Klogki? —quiso saber Tren.

No. Ya has oído a Ghook. Carece de energías para comunicarse con nosotros, cuanto más para poder trasladarnos allá.

¡Yo tengo la solución para vuestro problema! —exclamó Dick Elliot avanzando hacia la mesa, donde todos se volvieron a mirarle con cierta sorpresa.

¿Qué solución? —preguntó Lit .

—Venid conmigo a ver a las autoridades terrestres. Será lo más sensacional que haya ocurrido nunca. Nadie os causará daño. Vosotros no sois seres de este mundo, sino la obra de un cerebro electrónico jamás soñado. Habéis causado mucho daño en La Tierra, por instigación de Ghook. Nuestras leyes están muy distantes de vosotros, pero el mal que habéis causado lo podéis pagar haciendo ahora el bien.

—¿Qué nos propones, Dick Elliot? —preguntó Lit .

Que os entreguéis a las autoridades, que nos ayudéis en todo lo que os sea posible. Vuestra ciencia es interesante. Nos gustaría saber cómo se construyen casas invisibles, cómo os transformáis de materia impalpable en seres de carne y hueso, según parece.

En fin, ¿nos propones que cambiemos de amo, no es eso?

No exactamente —replicó Dick—. Sólo con ofrecer vuestros conocimientos a la humanidad, pagáis el daño que habéis causado por orden de Ghook. Yo también busco mi gloria. He estado a punto de morir por vosotros y me metí en esta aventura, sin importarme cuál sería el final, por el simple hecho de escapar de una oficina en donde me pasaba el día recopilando fotografías. Y os diré más. Voy a casarme con Alma. Nosotros podemos ser vuestros embajadores... i Y quizás con Vuestra ayuda podamos cambiar muchas cosas que están mal hechas en este planeta!

Piensa que sin la ayuda de Ghook, nuestra existencia será breve.

¿Por qué?

La energía que él nos enviaba se acabará... Y volveremos ser gas inerte.

—¿Cuánto tiempo tardará en ocurrir eso?

Lo ignoro —dijo Lit — . Unos años o unos siglos.

¡Es más que suficiente! El daño que pretendíais hacer a la humanidad puede convertirse en mucho bien... Ahora seréis miembros de la Operación «Ayuda a La Tierra».

Los nueve «klogkis» aceptaron.

EPILOGO

TODO esto no es otra cosa que una bonita visión... ¡Una bonita visión que... podría ser verdad!

Dick Elliot había hecho construir una especie de palacio orbital, suspendido en el espacio, a dos horas de distancia de la superficie del planeta. Era un pequeño mundo esférico, en cuyo interior existían las dependencias del organismo creado por él y por su esposa, llamado «Bureau de la Paz», y contaba con más de cinco mil empleados.

Aquel primer día del año 2000, una empresa de Televisión Mundial tenía concertada una entrevista con el poderoso Elliot. Veinte operadores, técnicos y entrevistadores, habían acudido en una nave del «Bureau», posándose suavemente sobre la plataforma de aterrizaje, para luego ser conducido al interior del pequeño mundo artificial.

Dick Elliot era un hombre excesivamente ocupado. Sin embargo, a la hora exacta concedida al grupo, uno de sus secretarios dio paso al equipo al interior del suntuoso y enorme despacho del hombre que había transformado el mundo en pocos años.

El entrevistador-jefe, Arthur Maiskell, famoso en todo el mundo, avanzó hacia la extensa mesa roja de Elliot y le tendió la mano. No llevaba apuntes de ninguna clase. El propio Dick Elliot había rechazado de plano el tipo de entrevista previamente preparada.

Buenos días, señor Elliot. Agradecemos extraordinariamente que, en este señalado día, primero del siglo XXI, se haya dignado concedernos una entrevista.

Dick sonrió, mientras uno de los secretarios que tenía a su lado, un joven bien parecido, presionaba un pulsador electrónico, con lo que ofreció un asiento al entrevistador-jefe.

Maiskell se sentó, mientras su equipo accionaba las cámaras diestramente en torno a ellos.

Casi siete mil millones de seres están pendientes de usted, señor Elliot —dijo Maiskell, sonriendo—. Le inquieta eso, ¿sí o no?

No. Me maravilla. Y le diré el porqué. Todos nosotros debíamos estar muertos ya en esta señalada fecha. Y sin embargo, la humanidad goza ahora de una situación como no se había conocido en La Tierra.

Los filósofos modernos coinciden en que todo se lo debemos a usted —apuntó Maiskell.

No, ¡por Dios! Rechazo plenamente ese honor. Si alguien merece ese honor, es mi esposa.

¿Dónde está ella ahora? —quiso saber Maiskell.

Aquí, a mi lado. No podía ser de otro modo.

Dick Elliot se volvió e hizo un gesto con la mano. ¡Y ante la mirada de millones de espectadores que seguían aquella entrevista en las pantallas gigantes de las vías públicas y plazas de todo el mundo, hasta en las pantallas policromas particulares, la figura de Alma Wendix se materializó, tomando cuerpo como si surgiera de la nada, para aparecer, sonriente, sentada junto a su esposo!

Una atronadora salva de aplausos pareció sacudir el mundo, brotando, espontáneamente de las grandes megápolis.

Alma Wendix era la mujer más admirada, envidiada y adorada de La Tierra. Su sonrisa contagió a seis mil novecientos millones de seres humanos.

Les ruego que disculpen este gesto teatral —dijo Dick, sonriendo amablemente—. Quería que todos supieran lo que hemos podido lograr en nuestros laboratorios, con la ayuda del equipo de «klogkis» dirigidos por Lit y Tael.

¿Dónde está ese laboratorio misterioso, señor Elliot? —preguntó Maiskell.

—¿Y qué importa eso? ¿Significa acaso un peligro? Yo respondo con toda mi obra de diez años de que los siervos de Ghook no son un peligro para nosotros, sin una considerable ayuda.

Eso no lo discute nadie —dijo Maiskell, sonriendo y volviéndose a Alma Wendix—, Señora Elliot, por favor, después de esa espectacular aparición, ¿podría decir a nuestros oyentes dónde se encontraba?

Aquí, sentada junto a Dick. Pero nadie podía verme. Se trata del Procedimiento 12-12, registrado ya en la Oficina Mundial de Patentes Libres. El secreto me ha sido guardado por esos adictos funcionarios, para que yo lo utilizase hoy ante ustedes. Es una atención exquisita que agradezco mucho. Todos ustedes saben que cuanto hemos descubierto ha sido divulgado inmediatamente para bien de la humanidad. El senado así lo dispuso.

Gracias, señora Elliot. Dígame ahora. ¿Ha llegado ya a Klogki la expedición del coronel Hort?

No todavía no —contestó Alma — , Esperamos, si no surgen contratiempos, que llegue dentro de tres meses. Hort se encargará de rescatar a Ghook, o lo que quede de él. Tenemos mucho interés en estudiar ese... objeto.

Gracias de nuevo por sus informes. En realidad, nuestro

propósito no era interrogarle sobre los avances obtenidos en su importante trabajo en bien de la paz y el progreso de la humanidad —siguió diciendo Arthur Maiskell, con un dominio del lenguaje y la modulación visiofónica formidable — . Hemos escogido este día para hacer un repaso a todo lo realizado por ustedes en estos últimos diez años.

«Todavía está en mente de todos nosotros, el día en que se presentaron ustedes en el Palacio del Elíseo, exigiendo ser recibidos en audiencia por el Presidente de la República Francesa. Desde aquel día hasta este primero de enero del año 2000, han transcurrido diez años.

«Deben saber también que aquel mismo presidente francés, hoy miembro del Senado Mundial, viene proponiendo la creación de una estatua en oro del matrimonio Elliot, y que toda la Humanidad lo pide. ¿Por qué se niegan ustedes a ello?

No lo merecemos, señor Maiskell —respondió Elliot, prontamente — . Nuestra obra está ahí. Es un hecho demasiado casual para atribuirnos el éxito que no nos corresponde.

—Todo el mundo sabe que ustedes dos lograron reunir en las Naciones Unidas a todos los jefes de estado de todos los países del mundo y les obligaron a firmar la dimisión, creando en aquel mismo momento el Senado Mundial —remarcó Maiskell.

Podíamos hacerlo y debíamos hacerlo. La Humanidad entera había estado dividida por irreconciliables nacionalismos —explicó Dick Elliot seriamente — . Nosotros nos encontramos, de pronto, con la fuerza suficiente para obligar a los gobiernos a ceder. Fue preciso, empero, demostrar lo que podíamos hacer, Lit suspendió a veinte jefes de estado del aire y los mantuvo allí, ante la general expectación y el asombro de todos, hasta que pidieron la renuncia.

«Exigimos que se efectuase un referéndum mundial, que nos llevó una semana. El resultado ahí está: justicia, verdad, libertad, distribución de la riqueza, tres horas de trabajo obligatorio y seis de estudio voluntario para todas las edades, viviendas, alimentos y el programa de Salud Mundial que ha desterrado peligrosas enfermedades.

Es cierto —admitió Arthur Maiskell — , Todo eso se acordó en el Senado Mundial, y lo increíble es que se ha llevado a la práctica en un tiempo realmente breve. ¿A qué lo atribuye usted?

Los hombres hemos estado demasiado cerca del aniquilamiento para no saber aprovechar esta oportunidad que nos brindó la casualidad. Si Ghook hubiese tenido más energía, ahora La Tierra sería un mundo desierto.

«Ghook murió y nos dejó los medios para salvarnos. Alguien tenía que recoger su herencia y aprovechar la lección que nos brindaba. Yo hablé detenidamente de todo ello ante la Asamblea General de las NN.UU. y se escuchó como jamás se había escuchado a nadie desde su fundación.

»Ahondé en las conciencias de la gente. Les hice ver lo que éramos y hacia dónde íbamos con aquel sistema absurdo de pueblos que sólo pretendían subyugar a los otros para vivir ellos mejor, sin comprender que los ciclos evolutivos de los pueblos no son más que la consecuencia de actos justos iniciados antes de nacer los que sabrán luego distribuir la herencia.

»La grandeza de los imperios antiguos debía tener como consecuencia natural y lógica el desgaste, el abandono, la desidia y luego el ocaso. Si todo nace, se desarrolla y muere, las obras de los hombres debía correr igual suerte.

»Era necesario desterrar los egoísmos personales, las pasiones, los vicios... Y a eso dedicamos nuestros primeros esfuerzos los «klogkis» y nosotros. Y ante el peligro de una muerte inmediata, la gente reaccionó como era de esperar. Además, la conquista de los millonarios fue un gran triunfo de Ugk, que contribuyó en gran manera a colocar los cimientos de la Era de la Paz.

Maiskell sonrió.

Recuerdo cuando el señor Broot anunció que renunciaba a todos sus millones y entregaba sus empresas a una junta de administrativos, a cambio de una vivienda decente, una alimentación sana y correcta para el resto de sus días, un sueldo que le permitiera tener lo mismo que un ciudadano medio y unas vacaciones en el lugar señalado... por su esposa.

Dick y Alma sonrieron.

Henry Broot merece, con mayor honor, una estatua —apuntó Dick — , Nosotros no la merecemos. Confieso que me jugué la vida buscando a los «klogkis» porque odiaba la idea de pasarme la vida removiendo fotografías para «The Chronicle» y «London Gazette».

Se dice que Henry Broot temía perder mucho más si no renunciaba a sus riquezas —añadió Maiskell, intencionadamente.

Esto provocó una amplia sonrisa en los labios de Alma Wendix.

Quien eso dice no conoce bien a Henry —replicó — . Yo he hablado con él y sé que estaba ansiando quitar de sus hombros la responsabilidad de todos sus negocios. Ahora no tiene enemigos y antes los tenía a millares, sin que él hubiese hecho nada por merecerlos.

«Henry Broot es un caballero que, dedicado a los negocios,

amasó millones. Pero supo renunciar a ellos a cambio de la vida tranquila que todos nosotros le hemos asegurado. Y me consta que hubiese muerto de una trombosis coronaria de haber seguido con aquella insostenible tensión. Ahora, a sus setenta años, está rejuveneciendo y aprendiendo el árabe para ir a La Meca de vacaciones el año próximo.

Nos hemos apartado algo de la cuestión, señora Elliot. El mundo entero está ansioso por saber acerca de ustedes, y no de Henry Broot.

Si fuese posible que todos conociéramos las verdades de los demás, cosa que algún día llegará, seríamos más perfectos —habló Dick Elliot—, Y en este «Bureau de la Paz», tendemos a mejorar continuamente las peticiones razonables que se nos hacen, sometiéndolas a la consideración del Senado.

«Comprendo que la inmensa mayoría de la gente tiene más confianza en nosotros que en el mismo Senado. Ya he dicho repetidas veces que nosotros no acordamos nada. Es el Senado quien decide. Muchas de nuestras sugerencias han sido rechazadas, porque la comisión de justicia ha encontrado que favorece a uno y perjudica a otros.

«Eso el pueblo no lo sabe. Si para mejorar una vía urbana es preciso desalojar de su vivienda a un número de personas, todos ellos se quejan. Y me parece normal, aunque no sea justo. La vía urbana es necesaria. Ellos tendrán su vivienda en otra parte.

«Intentamos desarraigar esas costumbres de oposición a los dictados oficiales. Hay que tener en cuenta que, para mover un ladrillo, los técnicos han examinado los resultados de profundos análisis. Esto duraba antes mucho tiempo, mientras que ahora, gracias a los ordenadores electrónicos, se hace en unos minutos. Se trabaja por un mundo mejor, señor Maiskell, y usted lo sabe, como lo sabe la mayoría. Pero nosotros no podemos arreglarlo todo en un día.

Ustedes intervinieron en la rebelión indonesa, ¿no es así?

Dick miró a su esposa, seriamente.

—Yo explicaré eso —dijo ella — . Sé que nos han censurado. Pero Sehek se negó a obedecer al Senado. Era un rebelde, y ya no lo es. Envié a Feil a entrevistarse con él. Le dimos a elegir. O reintegrarse al Senado y obedecer como el último ciudadano, o ser destruido. Optó por ser destruido. El Senado Mundial le había condenado ya. Nosotros optamos por modificar su mente. Ahora, Sehek elogia nuestra intervención y nos agradece la lección que le dimos. Confesó estar obcecado y agradeció el perdón del Senado.

Precisamente, se han captado comentarios acerca de las intervenciones de los «klogkis». No faltan quien dice que estamos sometidos a su tiranía —dijo Maiskell.

Dick Elliot soltó una carcajada espontánea.

¡Es una bobada, Maiskell, impropia de usted!

Sin inmutarse, el entrevistador jefe aclaró:

—Yo capto las opiniones de la gente, por estúpidas que sean y las transmito a mis entrevistados. Considere que no hago yo la pregunta sino que la hace alguien, por ahí.

También he recogido aquí algo de eso, Maiskell. No me sorprende. Naturalmente, jamás llueve a gusto de todos, aunque ahora podamos controlar la lluvia y dirigirla hacia los lugares en que más se necesita. Pero a esos incrédulos, a todos en general, voy a decir algo.

»No insidien más. Vengan a verme. Todos serán recibidos. Les presentaré a los «klogkis». Podrán hablar con ellos de igual modo que hablan con sus amigos y familiares. Y les aseguro de que cuando hayan hablado, cambiarán de modo de pensar.

»Un "klogki" no es más que un ser-instrumento, creado por Ghook por aquella soberbia increíble de hacer lo que los «ferpas» hicieron con él. De ello, Lit , Vax, Dol, Tael, Smir,

Feil, Sat, Tren y Ugk no tienen la culpa. Están a nuestro entero servicio. Nos hicieron mucho daño antes de ser nuestros amigos, pero ahora lo han pagado con creces. Miles y miles de personas morían diariamente en accidentes de tráfico. Desde que Vax se encarga de vigilar las instalaciones varias, ese número se ha reducido considerablemente.

»¿Y la labor de Tren en los Centros de Investigación Médica? Las estadísticas demuestran que las enfermedades disminuyen... ¡No, amigo Maiskell; los "klogkis" no nos tienen sometidos a ninguna clase de tiranía! Sé que apuran sus fuerzas por ayudarnos. Desgraciados de nuestros descendientes cuando pierdan a esos buenos benefactores.

Estoy de acuerdo con usted, Elliot. Y dígame otra cosa, ¿aceptaría usted la Presidencia del Senado?

No —replicó Dick, tajante — . Ya me han ofrecido el cargo. No puedo ni quiero aceptarlo. El sistema que se sigue ahora es bueno.

Hay dudas sobre ello.

Ninguna. Y quien diga tenerlas, atenta contra la seguridad de la humanidad —replicó Alma, secamente—. El Presidente aprueba o desaprueba las votaciones del Senado, pero no puede ser coaccionado por intereses ajenos. Se elige por sorteo entre todos

los que aspiran al cargo. No hay más limitación que la edad. Debe ser normal y sensato. Si contesta a las preguntas de la constitución, es apto. Su mandato es de seis meses y debe permanecer aislado del resto del mundo. Antes de que tenga tiempo de moldear las leyes a su modo se releva. No. El sistema es bueno. En realidad, esa presidencia es un cargo simbólico.

Hace dos años, el presidente Fium estuvo a punto de producir un colapso en la industria metalúrgica, al ordenar el cierre de los Altos Hornos de Meiras.

Era necesario limpiarlos. Fium lo entendió así. Además, aquellos hombres necesitaban unas vacaciones extraordinarias. ¿O quiere usted comparar su trabajo con el de ellos, Maiskell?

Yo tengo veinte años de actividad efectiva, mientras que ellos sólo tienen diez.

Eso lo propuso la Comisión Médica del Senado —dijo Dick—. Y los mineros subterráneos sólo tienen cinco.

Bien, perdone, señor Elliot. Creo que, en mi afán de puntualizar, me he extremado —se disculpó el entrevistador—. Con sinceridad, todo cuanto se ha realizado, desde aquel momento en que usted y su esposa presentaron al mundo a los «klogkis», me parece maravilloso. Y si hemos venido aquí hoy, ha sido sólo por saciar la curiosidad de todos nuestros oyentes, que desean saber cómo están los Benefactores de la Humanidad. Por favor, háblenles, díganles algo. Confieso no estar a la altura que me corresponde. Sé que ustedes dirán lo que sea preciso decir y lo harán mejor que yo.

Dick Elliot se puso en pie y miró a la cámara que tenía más cerca.

Sólo puedo decir una palabra: Gracias... ¡Gracias a todos por vuestra colaboración! Yo tenía fe en todos vosotros, y no me habéis defraudado. En el fondo, todos somos iguales. Una vez rompimos las barreras sociales que nos separaban, los hombres se han encontrado a sí mismos, maravillándose de que existiera tanta hermandad, tanta comprensión y tanto cariño entre la humanidad.

«Gracias, repito, a hombres como Henry Broot, Carmelo Sgavia, John G. Meredith, Marcel Piosoné, Willy Schwartz, Duk Mihalo... ¡Gracias a todos los que supieron aceptar mi propuesta, renunciando a lo que para ellos, más que la gloria era una carga!

»Gracias a los que ignoro sus nombres, a los anónimos individuos de las fábricas y las escuelas. Gracias a los que surcan el cosmos y los mares de este y otros mundos. Gracias a los que todavía no han nacido y a los que han muerto, porque todos ellos han aportado su pequeño o gran esfuerzo para contribuir al

bienestar común. Gracias, Presidente Abduhla, gracias minero desconocido, o escolar infantil. El mundo es de todos... Todos formamos parte de la humanidad... ¡Y gracias, Ghook!

La voz de Dick Elliot temblaba ahora al volverse hacia su mujer, tendiendo su mano hacia ella.

Y gracias a ti, Alma.

Seis cámara multidimensionales captaron aquel abrazo de dos seres a los que el amor desbordante que sentían el uno por el otro, había hecho el milagro de la paz de la Tierra. Les sobrara amor y caridad para repartirlo con todos sus semejantes.

Ellos habían tenido la oportunidad de encontrarse con extraños seres llegados de otro mundo. Ellos supieron aprovechar la oportunidad de utilizarlos en beneficio de todo el mundo, despreciando las riquezas personales que habían podido obtener si el egoísmo les hubiese inducido a mantenerle aparte de los seres que vivían a su alrededor.

Todo había empezado con terror, muerte y exterminio. Ahora bendecían y agradecían aquellas horas de terror, porque sin ellas la humanidad no habría podido hallar el verdadero camino de su salvación.

Gracias a ti, Dick —musitó Alma Wendix.

Arthur Maiskell también estaba emocionado. Se volvió hacia los operadores y, con voz ronca, musitó:

—Cortad... Nadie podrá jamás acusar a esta pareja de haber sido injusta, innoble y malvada... ¡Y, en contra de sus propios deseos, el mundo levantará alguna vez su estatua, que será el monumento más alto, gigantesco y solemne de cuantos han creado los hombres! Gracias, en fin a todos vosotros por habernos escuchado. Adiós y hasta siempre.

FIN